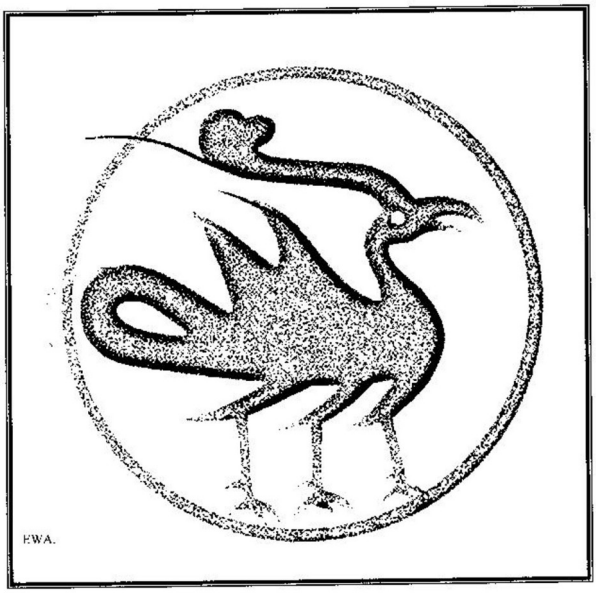
LOS TRES PRÍNCIPES DE SERENDIB



LOS TRES PRÍNCIPES DE SERENDIB

Redactores:JLM & JCJ. Nº9. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

Había una vez tres príncipes en el país de Serendib que tenían enorme curiosidad por comprender todo lo que los rodeaba. Realizaban muchas investigaciones y hacían grandes hallazgos. Sólo que sus descubrimientos no se basaban tanto en el esfuerzo y el trabajo como en su buena fortuna pues, todo hay que decirlo, avanzaban en su ciencia por pura casualidad, favorecidos por el azar. Aunque no todo en ellos era simple suerte, pues su espíritu siempre estaba bien dispuesto para la novedad, de manera que se mostraban astutos y hábiles a la hora de interpretar y utilizar los hechos que su buena fortuna les deparaba.

Lo anterior es un breve y parcial resumen de un viejo cuento. Pero nos acerca a la temática de nuestro nuevo número. Aquí pretendemos, tan sólo, hacer una disección, tan parcial como el propio cuento, de asuntos tan trillados como el azar y la necesidad, la diosa Fortuna enfrentada al cruel destino hilado por la Parca. Así que estamos dispuestos a disertar acerca de ambos temas con nuestra insistencia habitual.

Si, al cabo, te aburren nuestros planteamientos o disientes de nuestras ideas, no nos culpes. Si eres de los que creen en el destino, cúlpale a él. Nuestras opiniones nos vienen predeterminadas por alguna entidad superior o un simple mecanismo interior de relojería. Si, por el contrario, crees que el destino no existe, culpa al azar de nuestro fracaso, pues podría ser este azar, en combinación con nuestra impericia, el que ha enlazado de modo tan soso los miles de palabras que siguen a estas líneas. Aunque, vaya esto por delante, creemos que sí se nos puede culpar de la redacción de estas páginas. Si existe algo llamado voluntad, independiente del azar y el destino, es lo que hemos empleado al escribir la revista.

Que la disfrutes. Tu horóscopo y las líneas de tu mano coinciden en señalar que no podrás apartar los ojos de este número de la revista hasta que no lo hayas leído de cabo a rabo.

VÍVIDO

El peso del pasado paraliza
los músculos dispuestos a la acción.
El polvo del camino contamina
de los zapatos hasta el corazón.
El vívido recuerdo me asesina,
destruye cualquier resto de pasión.
Perdido aquel momento, la ocasión
ya no ha de presentarse en esta vida.
¿Qué importa si hay destino?
No hay futuro.
Tan sólo está el pasado
que mató a la posible solución.
Destino es el pasado
que te recuerda aquello que ocurrió.

Juan Luis Monedero Rodrigo

EL PEOR DE LOS CASOS

Lo siguiente es sólo una opinión. Odio la idea de que el futuro está predeterminado. El odio o la negación de un hecho no hacen que tal hecho desaparezca. Opino que no hay pruebas de que el destino exista. No voy a describir aquí qué entiendo yo por destino. Pero, pese a la falta de pruebas, podría suceder que el destino existiera. Me da igual. En el peor de los casos que se me ocurren, pongamos que el destino existe y no nos podemos librar de él. ¿Y qué?

Si el destino es inevitable, ¿de qué nos sirve contar con su presencia continua detrás de cada hecho de nuestra vida? De nada, salvo como una rémora que podría impedirnos actuar. Porque si el destino existe, entonces nada hay que podamos hacer fuera de él. Acaso alguno quiera relativizar el destino, pero en este punto me voy a mostrar tajante: el destino existe o no, pero no se puede pensar que

exista a medias. No puede haber medias tintas. No se puede suponer que el destino tenga papel fundamental en algunas cuestiones de nuestra vida y no tenga parte alguna en otras, quizá en las menos importantes. Eso significaría una suerte de pseudolibertad, de posibilidad de movimiento restringido, que sólo puede parecer deseable a algún imbécil a quien le guste la seguridad que da la palabra destino. Si el destino afecta a una sola faceta de nuestra vida, condicionará todas las demás, puesto que en nuestra vida todos los hechos están inextricablemente relacionados, de modo que tal caso de destino parcial no puede darse, pues siempre nos afectará la parcela de predestinación en todo lo demás que queramos hacer. Así que, lo dicho, o se acepta al destino o se lo niega con todas las de la ley.

Racionalmente, la idea de destino puede resultar a un tiempo atractiva y repugnante. Sobre todo para espíritus temerosos, es muy agradable presuponer la existencia de un ente superior -llámalo Dios, ángel de la guarda o engranaje mecánico del Universo- que a lo largo de la vida te va colocando delante de los ojos las nuevas experiencias, acontecimientos y oportunidades, dejando a nuestro albedrío -ya debe imaginarse lo difícil que me resulta ahora referirme a él como libre- la decisión de aprovechar o no cada ocasión. Puesto que tantos afirman creer en el destino, debe de ser tranquilizador pensar que las enfermedades, el amor, el trabajo, los instantes felices y afortunados nos esperan en algún momento del camino, a la vez que las malas experiencias son baches que no podemos evitar y, por tanto, de poco sirve lamentar. La verdad es que este tipo de tranquilidad, al margen de algunos momentos de debilidad de mi espíritu, no me resulta en absoluto apetecible. Y lo peor es que, racionalmente, también encuentra fácilmente hueco en nuestra cabeza la idea de un mundo regido por leyes inmutables y que, por consiguiente, predeterminan o, cuando menos, esquematizan los caminos que puede seguir nuestra existencia. Por suerte, nuestra imagen actual del universo y sus leyes físicas es la de un mundo con más sitio para el azar y lo inesperado que la que tenían nuestros abuelos de hace apenas un siglo. Así que, si la ciencia me dice que el universo no es del todo comprensible, mensurable y, ante todo, previsible, ¿voy a ser yo tan estúpido de autoproclamarme esclavo de

un difuso destino? Evidentemente yo no, aunque sé que hay alguno que se agarra alegremente a su sino.

Tampoco hay, claro está, muchos argumentos a favor de la completa libertad. Antes bien es al contrario. Está claro que hay multitud de factores que, de forma conjunta y sinérgica, nos afectan tanto externa como internamente -desde nuestros genes hasta el tiempo atmosférico, la amistad de los que nos rodean o las broncas de nuestro jefe- condicionando nuestra existencia. Pero este condicionamiento siempre puede pensarse azaroso, pues esos factores no necesariamente han de actuar con un objeto como presupone la idea de destino. En este caso sí puedo recurrir a una pseudolibertad, a una libertad limitada que me permite tomar decisiones y modular mi futuro dentro de los márgenes que los condicionantes me impongan, los cuales pueden, además, variar de un momento a otro.

Sé que existen personas a las que les asusta el vacío que significa la idea de libertad, la no existencia de un colchón que evite nuestras caídas y la falta de justificación de las penas e injusticias que nos afectan. La libertad no ha de ser tranquilizadora y, de hecho, nos otorga responsabilidad y nos convierte, con el límite de los condicionantes descritos, en culpables y artífices de nuestros hechos.

Sin embargo, está claro que nadie se comporta como si de veras estuviera predestinado. Incluso los más fanáticos, los más recalcitrantes partidarios de astrologías y mancias, rigen sus destinos como si en algo dependieran de su actuación. Sólo que entonces no creen en el destino. A lo peor son de esos graciosos que dicen que el destino se puede modificar, sin darse cuenta de que entonces no hablan de destino sino de alguna otra cosa que no son capaces de describir.

Pues éste es el punto de mi argumentación al que quería llegar. La idea de destino puede ser muy tranquilizadora. Hasta puede ser defendible racionalmente. Pero, por alguna razón, el hombre no parece estar diseñado conforme a esa premisa de la predestinación. El hombre actúa como si, en todo momento, fuera el artífice de sus obras, y proclama, a la menor ocasión, su libertad, lo acertado de sus decisiones o sus magníficas habilidades. Siempre como si fueran mérito suyo. Tal vez lo haga siguiendo un programa predeterminado -me da igual que sea el de sus genes, el de sus esquemas mentales o el del Espíritu Santo-

aunque no se da cuenta de ello. Entonces, si no podemos afirmar ni negar la existencia del destino; si nos comportamos como si el destino no existiera; si sólo lo recordamos cuando queremos esquivar una culpa o tranquilizar nuestra conciencia; si, al cabo, no tenemos más argumentos a favor del destino que de la libertad, ¿por qué nos empeñamos en recurrir una y otra vez a ese nebuloso destino? Haya o no destino, no lo conocemos ni falta que nos hace. Si estamos predestinados -por algo o alguien- a cualquier cosa, a cualquier fin, qué más nos da, si siempre podemos creernos -imaginarnos- libres y actuar como si el destino no existiera. En el peor de los casos, el destino existe y no podemos evitarlo, pero, aun así, nos queda el consuelo de la ignorancia, puesto que no conocemos ese sino ni sus leyes. Puede parecer un consuelo estúpido, pero a mí me resulta bastante tranquilizador -más que la idea de mi vida programada- poder creerme libre, con las correspondientes limitaciones de mi libertad, y actuar como si de veras fuera yo quien tomo mis propias decisiones y fabrico, poco a poco y con esfuerzo, el difícil camino de mi propia vida.

Juan Luis Monedero Rodrigo

He ahí que viene, se acerca, trotando, la poesía me persigue, salta por encima de mi indiferencia, de mis huidas, de mi indulgencia, de mi vida al fin.

He ahí que me persigue la poesía, implacable, insondable, detrás de cada estupidez, detrás de cada sensatez, ella tiene la última palabra.

No puedo esquivarla más, mi vida sensata no me da fuerzas para huir de ella, así pues he de sentarme, descansar y dejar que me … devore.

Que arranque el corazón y se lo trague entero escupiendo versos de represalia, de historias dormidas y ocultas, que se atragante con mi hígado lleno de culpas, que desgarre mis genitales y los haga trizas, tiras finas de aventuras por venir, de besos de una vida y fantasías de una noche, y, por supuesto, que digiera mi cabeza y se disuelva mi cerebro en los jugos gástricos de sus utopías y que, con un

sonoro eructo, vuelva a la vida como un hombre nuevo, alérgico a las miserias del pírrico, impotente, miserable interés…

Juan Carlos Jiménez Moreno

LIBERTAD SEXUAL

Me parece haber dejado claro anteriormente que ya no soy el que era, que he alcanzado un nivel de espiritualidad que me era desconocido. Temas que antes atrapaban sin remisión mi atención, me resultan hoy en día insustanciales y vacíos. Temas que me eran indiferentes, son los que ahora me ocupan.

Os querría hablar de tantos asuntos, de tantas de mis visiones, que me resulta imposible incluirlos en tan breve espacio. Como, de uno u otro modo, me veo obligado a escoger, he decidido escribir un breve alegato que tiene que ver tanto con la predestinación que se menciona en el título de este número como con la libertad que exijo en mi propio encabezamiento.

Creo sinceramente en la libertad de todo tipo, incluida la sexual. Y creo que debemos aplaudir todas las iniciativas que aparecen, desde tiempo reciente, con objeto de avanzar en los derechos de las parejas de hecho. Tan sólo me gustaría añadir, y de ahí el objeto de esta nota, mi deseo de que tales derechos no se limiten a un grupo tan limitado como el de las simples parejas de homosexuales.

Ya resulta de todo punto inconcebible el hecho de que algunos limiten los derechos a las parejas de homosexuales exclusivamente. Me parece ideal que se respeten los derechos de los homosexuales a formar parejas estables, pero me temo que tal confusión es una prueba de lo limitada que es la visión de muchas personas sobre estos asuntos. Porque, amigos míos, el término pareja de hecho incluye tanto a las parejas de homosexuales como a todas aquéllas -sean de heterosexuales o de cualquier otra tendencia- que no han pasado por la vicaría o el juzgado para formalizar su relación. Cualquiera que viva en común sin el sagrado vínculo del matrimonio pero compartiendo todas sus prerrogativas puede formar una pareja de hecho. Pero mi pregunta es la siguiente: ¿Por qué sólo parejas de hecho? Y no me refiero sólo a la identidad de sus miembros sino, sobre todo, a su número. Creo que la libertad sexual debe extenderse a todo tipo de relaciones (quizá

excluyendo las pedófilas, las que se basan en una relación de explotación y, quizá al menos en algunos casos en los que no parece existir amor recíproco, las de índole zoófila) pero, ante todo, debe respetar la variedad del número. Porque uno -o una- no tiene por qué encontrar su felicidad en la compañía de una sola persona. Estoy seguro de que para algunos/as las relaciones más estables han sido las de tipo comunal o, cuando menos, pluripartito. Sé que alguno se rasgará las vestiduras ante este alegato, pero es claro para mí que, mientras tales relaciones no sean enfermizas o supongan sometimiento por alguna de las partes, la extensión del amor es para muchas de nuestras iglesias -me refiero a todas las iglesias y fes del mundo- una de las principales consignas de su credo. Así pues, que mejor modo que extender el amor hacia la vida en común y la compartición de los vínculos maritales -bien con fines procreativos, bien buscando tan sólo la comunión en el placer-. ¿Quién se atreverá a condenar todas estas formas de amor? Pues seguro que muchos puritanos e individuos estrechos de miras. Es por ello por lo que me creo en el deber de solicitar al gobierno, como representante del pueblo, que legitime estas relaciones múltiples que pueden significar la felicidad de muchos de nuestros conciudadanos, de modo que los frutos de tales relaciones -bienes muebles e inmuebles, así como hijos, herencias, pensiones de viudedad- tengan cobertura dentro de nuestro siempre incompleto y opresivo marco legal. Que pueda haber parejas de hecho, sí, pero también tríos, cuartetos, camas redondas de hecho. Hombres, mujeres, grupos mixtos en cualquier proporción y concierto. Hasta mascotas si ellas quieren, ¿por qué no? ¡Viva el amor libre!

Por una vez, y espero que sirva de precedente, mi hermana Euforia se ha mostrado en todo de acuerdo conmigo y hasta ha saludado mi maravillosa idea con risas e incluso verdaderas carcajadas -aunque, por modestia, después de leer este ensayo, no ha querido estampar su nombre al final del texto por no acaparar una parte del mérito que cree no merecer-, que demuestran el grado de compenetración alcanzado en asunto de tan grave importancia.

Finalmente, quiero pedir a aquellos lectores que me apoyen que lo notifiquen a esta redacción con el fin de poder crear una plataforma en defensa de los intereses aquí defendidos (Plataforma por los Grupos

de Hecho). Puesto que uno no exige la sexualidad que quiere vivir, sino que ésta le viene impuesta por los impulsos de su propio corazón, dejemos a cada cual vivirla libremente y con todos los derechos.

¡Que vivan las comunas de hecho!

Narciso de Lego

MI AMIGO

Mi amigo llegó sin previo aviso
un quince de septiembre
cuando el verano empieza a refrescar
y el parque inicia su transformación con su disfraz otoñal.
Mi amigo apareció por sorpresa
cuando menos se le esperaba.
La resignación sufría en silencio
su condena perpetua a no ser nunca nada.
Mi amigo no conoce el hastío.
Ha vivido días felices
iluminados por las rosas,
y jornadas oscuras
entre las tinieblas de la duda.
El agotador fluir de la monotonía
no ha logrado cansar a la alegría.
A su paso el jardín reflejaba hermosura
pregonando sin cesar el triunfo de la pasión.
En un otoño extraño, lleno de frescura,
una insólita fiesta entona su canción.
Embriaguez de gozo sin resaca
la felicidad se hartaba de vivir
y el exquisito manjar todavía nutre al corazón hambriento.
El fuego encendido espera con ansiedad
el banquete continuo que celebrará la llegada de la aurora.
El día en que el amor pueda dar a luz sin complejos.

Miguel Ángel Valero López

PANCHITA LA PRODIGIOSA

Todo hacía pensar que aquel iba a ser un día de lo más normal en casa de los Pérez. No fue así. El padre, aburrido, se disponía a poner la tele para ver el partido de fútbol. La madre, que acababa de llegar de la calle, de comprar, no estaba dispuesta a consentirlo y se apresuró a darle conversación. No sólo porque aborreciera el fútbol sino porque, contrariamente a lo habitual, tenía tema de conversación: su reciente encuentro con Antoñita, la vecina.

-Me he encontrado con la Antoñita. No veas qué pesada. Veía que no volvía a casa.

Bien sabía el marido, Juan, que a su mujer, Paca, le encantaban esos desafortunados encuentros que le hacían perder el tiempo. No hizo ningún comentario al respecto. Deseoso de ver el partido, daba igual qué partido, decidió darle el bien va para que la conversación abreviase sin convertirse en discusión.

-Y, ¿qué te ha contado?

-Pues nada, lo de siempre. Que si su marido sigue malo, que si el chico es una lumbrera y su novia lo mejorcito que parió madre. Vamos, los pegotes de siempre.

-¡Ah! -replicó Juan para fingir que escuchaba.

-¿Sabes lo que me ha dicho? -Paca no esperó respuesta- Que la Juli, la chica de los Martínez, está aprendiendo a tocar el piano.

-¡Vaya! ¿Y eso? -terció Juan sin mayor interés.

-Lo de siempre, la de Martínez dándose aires.

-Se creerá que luce mucho eso de ir al conservatorio -dijo Juan, irónico.

-¡Huy conservatorio! La lleva a la academia de la esquina.

-Pues más a mi favor.

-Ya, pues a eso iba. Si la de Martínez lleva a su chica a dar clases, ¿por qué no podemos llevar nosotros a la nuestra? Está bien eso de que los chicos aprendan música.

Contrariamente a lo esperado por Juan, la crítica a la de Martínez por parte de su esposa era tan sólo una muestra de envidia camuflada. Evidentemente, Paca era de la opinión de que sí lucía aquello de aprender música. Juan no tenía ganas de discutir, así que no contrarió a Paca.

-Hombre sí, todo es cultura.

-Pues eso, que he pensado que podíamos apuntar a Panchita a la academia esa para que aprenda música.

Y, como Juan no estaba dispuesto a contrariar a Paca, aquel fue el comienzo de un suceso muy importante en la vida de su hija.

Panchita tenía seis años y acababa de ingresar en la escuela primaria tras un par de años de preescolar. La chica era bastante modosita y educada, un poco seria y más bien simplona. Tenía un par de amigas, entre ellas la chica de los Martínez, y entre sus planes no entraba el de dedicarse a la música. Sin embargo, cuando su madre le anunció que la había apuntado a la academia "El bello canto" para que aprendiera "solfeo, canto y esas cosas", la chica no protestó. Julita, la chica de los Martínez, le había confesado en más de una ocasión que aquello de la música era un rollo patatero, de lo más aburrido. Pero Panchita no se atrevía, cosa rara, a replicar a su madre. Conque Paca la apuntó un par de horas en semana aunque, eso sí, tuvo la delicadeza de hacerla coincidir con Julita. Claro está que Panchita no imaginó que aquel detalle tenía por objeto dar en los morros a la de Martínez, de nombre Gloria, y no distraer a su hija con la compañía de una amiga.

Así que Panchita se presentó alegremente a la academia. El primer día no hizo nada. Una profesora flaca y antipática -hecho que no podía ocultar por más que se empeñaba en hacerse la graciosa- la puso a pegar gritos con la excusa de hacerle una prueba de voz.

-Llegas muy bien a los agudos -le dijo a Panchita satisfecha, sin que la chica supiera qué quería decir con aquello.

Al margen de la prueba de voz, Panchita se presentó luego en su casa con un recado de parte de la maestra: debía adquirir un instrumento musical para acompañar las clases teóricas de solfeo con algo de práctica. Cuando soltó la noticia en casa, la madre decidió que iría a la mañana siguiente a preguntar a la profesora por la conveniencia de uno u otro instrumento. Mientras, el pobre Juan se echó a temblar sólo de imaginar el correspondiente fajo de billetes volando desde su bolsillo al de un satisfecho vendedor de pianos.

La profesora fue muy amable y educada. Le dijo que el instrumento podía ser comprado o alquilado y dejó a la elección de

Paca la adquisición para la hija. Lo que era displicencia por parte de la profesora, que se dio por satisfecha con recomendarle un par de tiendas donde llevaba comisión, fue interpretado por la señora de Pérez como señal de gran deferencia, dejando a su buen criterio la elección del instrumento en el que debería destacar su muy cualificada -así lo había dicho doña Remedios, la profesora- hija.

Tras la entrevista, Paca tenía clara una sola idea. Jamás se le ocurriría alquilar un instrumento. ¡Cómo si su Panchita tuviera que tocar de prestado! Muy decidida, volvió a casa. Cuando llegara Juan, ya le contaría sus ideas al respecto y esa misma tarde se acercarían a "Musicalia" -la tienda de mejores referencias- a informarse. Cuando Panchita vino del colegio, su madre no le dijo nada. A Juan sí que le puso la cabeza como un bombo. Encima le obligaba a perder la tarde. ¡Justo hoy que se jugaban los partidos de vuelta de los dieciseisavos de final de la Copa del Rey! Pero Juan no estaba dispuesto a contrariar a su mujercita.

Don Leandro, el encargado de "Musicalia", fue bien claro en su planteamiento. Lo más vistoso era un piano, pero su precio desorbitado dejaba a los Pérez sólo la posibilidad de alquilarlo o comprar un teclado electrónico que, evidentemente, lucía bien poco en el salón. Como don Leandro vio que los Pérez se asustaban ante el precio de un piano y no estaban dispuestos a alquilar ningún instrumento, inició hábilmente su táctica del máximo sablazo posible. Mostró a los Pérez unos cuantos instrumentos de viento, caros y no demasiado espectaculares -salvo la trompa- pero admisibles para el presupuesto de los compradores. Seguidamente, les enseñó un par de guitarras españolas y una bandurria, más asequibles pero, a ojos de los clientes -verbigracia: a ojos de la señora de Pérez, que era la que llevaba la voz cantante, nunca mejor dicho, en esa ocasión- un pelín vulgares. Era el momento de colocar su oferta. Don Leandro sacó entonces un violín. Era bonito. Pequeño y sofisticado. Lo pintó con los mejores colores: era el instrumento que más sentimiento daba a las orquestas, el más importante. ¿Acaso no había casi siempre un violín solista en casi todas las piezas? Era el instrumento clásico por excelencia, la base de la música sinfónica. Poco más hubo que decir. El violín era caro, pero, pese al pinchazo en el corazón del sensible Juan,

Paca decidió que se lo podían permitir. Se había enamorado de la cajita de madera en forma de ocho. Era bonito y estilizado, un instrumento serio y bien lucido. No era un piano, claro, pero un violín era suficiente como para darse el pisto delante de la Antoñita o de la propia Gloria. Juan no tuvo otro remedio que aceptar. Su único consuelo era que quizá iba a llegar a ver el partido desde su comienzo.

Cinco minutos más tarde, después de firmar unas cuantas letras, Juan y Paca salían de "Musicalia" con un maletín de extraña forma bajo el brazo. Dentro de él residía la joya: el maravilloso violín que, según dijo don Leandro, era el mismo que empleaban los músicos de la Orquesta Sinfónica de Londres, titularidad que daba a la adquisición un brillo especial.

Curiosamente, Panchita no pareció emocionada ni se puso a dar saltos de alegría al serle enseñada la compra.

-¡Ah! Muy bonito -dijo al verlo, y se marchó corriendo a ver los dibujos de la tele.

Al día siguiente, comenzó la tortura. Tras las clases en el colegio, Panchita se fue a la academia de música. La maestra se alegró mucho al ver el violín y alabó grandemente la "juiciosa elección de sus señores padres". Panchita decidió que aquella plasta era una repipi en toda regla. Para confirmar su opinión, la buena señora se empeñó en hacerla berrear de nuevo y se puso a explicarle lo que era un papel lleno de líneas y puntos al que llamó pentagrama, sin que la niña -ni ella ni Julita- supiera el motivo de que algo tan simple tuviera un nombre tan largo. Pero ahí no terminó el suplicio. Doña Remedios se empeñó en enseñarla a sujetar el violín y, tras ponerle en la mano lo que llamó el arco -ante lo que Panchita se rió y no se cortó a la hora de preguntar dónde estaban las flechas, sin que la pesada de la profa le hiciera caso ni viera la gracia de la broma- la invitó a deslizarlo sobre las cuerdas. Panchita, obediente, deslizó el arco sobre el violín y a tan inocente gesto siguió un horrísono sonido. El violín había hablado, aunque sólo para protestar ante la profesora con la voz de Panchita.

-Muy bien, Francisquita, muy bien -dijo la profesora que, según pensó Panchita, además de tonta y pedante, mira que llamarla Francisquita, estaba sorda como una tapia.

Julita y Loli -otra compañera que, según decía, se dedicaba al oboe, aunque Panchita sólo la veía soplar en una flauta un poco rara- se echaron a reír como bobas. Panchita se contagió y las tres se estuvieron tronchando delante de las narices de doña Reme.

-No sé de qué os reís -dijo la profesora muy seria-. Es normal que la primera vez suene mal. Debes aprender a coger el arco y a pulsar las cuerdas. Más adelante harás que el violín cante para ti.

¡Hala! Ya estaba la tía esa diciendo cosas raras. Lo malo, pensó Panchita, no era que dijera sandeces. Lo peor era que la cogía a ella de las manos y la apretujaba para decirle cómo se agarraba el dichoso violín y cómo había que poner los dedos en las cuerdas y la barbilla y, mira, sólo faltaba que le dijera como tenía que colocar el culete. Al pensar en esto, le volvió a dar la risa floja y la profesora la tuvo que dejar por imposible. Luego, cuando se calmó, le contó a Julita el motivo de su risa y a su amiga le dio también por troncharse con la historia del culete, que parecía que las dos se iban a mear de la risa.

Por aquel día terminó el suplicio. Panchita y Julita volvieron juntas a casa. Las dos tenían planeado decirles a sus madres que eso de la música era una caca y no querían volver a ver a la loca de doña Reme. Las dos se despidieron en el primer piso, donde se quedaba Julita, pero, al cabo, ninguna tuvo ánimo suficiente como para rebelarse ante su madre. Las dos madres, orgullosas, querían saber únicamente de sus progresos musicales, sin pararse a pensar que la academia era lo más aburrido que nadie había inventado jamás. Paca, la madre de Panchita, estaba especialmente contenta porque se había enterado de que el piano de los Martínez era alquilado. ¡Menuda adquisición! Estaba dispuesta a soltarle lo del violín, que era suyo de verdad, en cuanto tuviera la ocasión de hablar con ella sobre el asunto. Y si estaban la Antoñita y la María para enterarse bien, mejor que mejor.

Panchita sí se atrevió a confesarle a su padre cuánto odiaba el violín y a doña Remedios. Juan la escuchó convencido pero, como era su bien afianzada costumbre, decidió inhibirse y dejar hacer a su mujer, aunque bien comprendía la frustración de su pobre hijita. Algo más tarde, fue Paca quien lo sermoneó a santo del dichoso piano de

los Martínez, feliz y contenta por poder alardear de la magnífica compra del violín.

Los días se sucedieron, tras este primero, con pocas novedades. En lo referente al violín, las clases siguieron siendo aburridísimas para la pobre Panchita, si bien su maestra se esforzaba en mostrarle los rudimentos de la técnica violinística y musical. Pero las cuerdas, sus dedos y su pobre voz se resistieron durante semanas al más mínimo progreso en el canto, la interpretación de las notas y su reproducción a través del violín. Para remate, doña Reme, durante una visita de Paca para pagar la academia e informarse de los progresos de su hija, tuvo la feliz idea de insistirle en la necesidad de que la "adorable niñita" practicase en casa "para superar con el ejercicio las trabas que su corta edad sobrepone a su talento natural". Paca, obediente, obligó a Panchita a dedicarse a los terribles ejercicios durante una hora cada día, tiempo que, inevitablemente, era sustraído a los pocos ratos libres que la niña pretendía dedicar a jugar con sus amigas. Al menos, el castigo era compartido por toda la familia y no sólo por la sacrificada violinista, ya que sus padres, en especial Juan, se veían obligados a soportar los indescriptibles chirridos con los que su hija los martirizaba al intentar extraer notas del quejumbroso instrumento.

La profesora se empeñaba en afirmar que la niña hacía progresos e insistía en la necesidad de tener paciencia puesto que el arte del violín requería de mucho tiempo y dedicación, con lo que su único consejo era incrementar las horas de práctica. Tras dos semanas de suplicio, sin embargo, a los padres les quedó bastante claro que su hija no iba por muy buen camino. Paca, la madre, tenía la sospecha de que su hija lo hacía mal adrede, con el retorcido objetivo de abandonar las clases, ya que, según admitió al ser interrogada al respecto, las aborrecía. Pero como Paca no estaba dispuesta a ceder sin que su hija se hubiera convertido en una Paganini, obligó a la niña a ejercitarse con mayor empeño, y bajo amenaza de quedarse sin Reyes si no hacía progresos. Tales procedimientos didácticos terminaron por dar sus frutos.

Fue a la tercera semana. La niña seguía siendo incapaz de reconocer las notas y menos aún de interpretarlas, pero profesora y

madre la obligaron sistemáticamente a repetir las posturas de los dedos y el movimiento del arco sobre el cordaje. Hasta que aquella tarde, después de media hora de infructuosos ejercicios en su cuarto, Panchita logró arrancar su primera nota, un do, de la primera cuerda de su violín. No fue una nota pura, pero sí se reconoció como nota y no chirrido. La niña, esforzándose en repetir el gesto, deslizó una y otra vez el arco sobre la cuerda, sujetándola con los dedos en tensión. El rasgueo se repitió una y otra vez con progresivo éxito hasta que la nota emitida fue nítida y cristalina: un do como la copa de un pino.

-¡Mamá, mamá, ven! -gritó la niña sin moverse, dispuesta a no cambiar la postura que le había permitido el éxito.

A la segunda llamada vinieron Paca y Juan, el segundo arrastrado por la primera. Ambos estaban en el salón, con la puerta cerrada para que los chirridos de su hija se oyeran amortiguados. Con todo, los gritos de Panchita llamaron su atención.

-¿Qué pasa, hija? -le preguntó su madre, con cierta preocupación en la voz. Lo cierto es que el temor no era por su hija, sino por la posibilidad de que el valioso violín hubiera resultado dañado tras tanto maltrato.

-Mamá, ya me sale -afirmó Panchita exultante, como si hubiera aprendido a sumar o a saltar a la comba.

Sin esperar respuesta ni aguardar a que sus padres se acomodaran, la niña, que había mantenido su postura, deslizó una vez más el arco sobre la cuerda y la nota sonó. Ni Paca ni Juan sabían que aquel sonido era un do. Poco les importaba. La nota había sonado vibrante y cristalina, profunda, impregnada de emoción, como si fuera un llanto o el canto de una ave exótica. Bello. En su ignorancia, escucharon embelesados el sonido que su hija arrancaba de la cajita de madera. Paca se llevó el dedo índice al ojo: una solitaria lágrima se deslizaba hacia la mejilla, brotando desde lo más hondo de su corazón. Juan también parecía emocionado, poseído por una extraña sensación de paz. Ambos estaban alegres, felices y, sin embargo, lloraban. Aquella simple nota, distinta a cualquier otra que hubieran oído, les había llegado al corazón, como si su hija hubiera pulsado

alguna desconocida fibra del alma en lugar de una simple tripa tendida sobre un bastidor.

-¿Qué tal, mamá? -preguntó Panchita inocentemente.

Su madre no fue capaz de contestar. Juan se recobró lo suficiente como para hablar de un modo inteligible:

-Es maravilloso, hija. ¿Cómo lo has conseguido?

La niña no respondió. No sabía qué contestar. Con mucho esfuerzo. ¿Acaso no la habían visto practicar y practicar? ¡Vaya una pregunta! Panchita no era consciente de las propiedades milagrosas de aquella simple nota que liberaba la emotividad de sus padres.

-Esto lo tiene que ver doña Remedios -anunció Paca, sintiéndose, de repente, madre de una estrella infantil.

Dicho y hecho. En un abrir y cerrar de ojos, Paca obligó a su hija a moverse. La niña no quería cambiar su postura, temiendo que ya no le saliese la música. Pero de nada sirvió quejarse. Su madre se vistió y la vistió a ella y las dos salieron corriendo, con el violín bajo el brazo, hacia la academia. Juan no quiso perdérselo. Esta vez no fue necesario que su mujer lo arrastrara tras ella. Poco importaba que estuviera anocheciendo o que doña Remedios estuviera dando clase a otro grupo de niños. Aquella maravillosa nota debía ser escuchada.

En principio la profesora se mostró reacia a salir para atender a esos padres que la reclamaban, pero insistieron tanto que, tras la tercera llamada por parte de la secretaria, doña Reme salió al pasillo. Se mordió la lengua para no soltar un par de groserías a aquellos impertinentes con su insoportable hija y puso su mejor cara cuando Paca anunció que la niña, por fin, había aprendido a pulsar una cuerda. Trató de sonreír y animó a la niña a realizar su "magistral" interpretación. Paca ayudó a su hija a quitarse el abrigo y sacó para ella el violín de su caja. La niña lo cogió y se lo colocó sobre el hombro y bajo la barbilla. Estaba nerviosa. Temía que, una vez perdida la postura que había adoptado en casa, ya nunca más volvería a sonar bien la cuerda. Respiró hondo y deslizó el arco sobre la cuerda. Nada. El primer rasgueo significó un leve chirrido. Su padre la sonrió y la animó a seguir. No quiso mirar a su madre ni a la profesora. Seguro que estaban enfadadas. Lo intentó de nuevo. Para la segunda prueba se concentró y trató de repetir los gestos y posturas que la habían

conducido al éxito. Pulsó la cuerda con los dedos en tensión y sonrió. El violín había emitido nuevamente aquella nota sencilla y clara que tanto había gustado a sus padres. Los miró a ambos: papá lloraba y mamá sonreía haciendo pucheros. Doña Reme también sonreía, con cierta cara de susto. Una solitaria lágrima se deslizaba por debajo de sus gruesas gafas.

-Esta niña es... es prodigiosa -anunció doña Remedios sin poder contener la emoción.

A partir de ese momento, la carrera de Panchita fue meteórica. En días sucesivos deleitó con su monocorde interpretación a todas las vecinas del bloque, a sus compañeros de academia e, incluso, a don Leandro, el vendedor de instrumentos, a quien doña Reme se empeñó en hacer partícipe de la novedad. La profesora estaba segura de tener un diamante en su colección e insistió en que la niña debía practicar más y más. Como, de momento, no progresaba, la profesora decidió que Panchita diera un breve concierto en el saloncito de la academia, al cual acudieron todos los padres de alumnos y algún que otro músico profesional que, invitado por doña Remedios, salió del lugar con los ojos congestionados y jurando que jamás había visto una intérprete con el porvenir de aquella niñita.

Los padres estaban orgullosísimos, pero la niña se sentía la mar de fastidiada. Ella que pensaba que cuando aprendiera a tocar podría descansar, se dio cuenta de que la primera nota sólo era el comienzo y que, de ahí en adelante, todo era seguir ensayando y ensayando aburridas posturas con los dedos. Al menos, la notoriedad adquirida sí que le hacía gracia. Como a todas las niñitas de su edad, le entusiasmaba convertirse en el centro de atención de los mayores y de sus propias amigas. Aunque, pasada la novedad de los primeros días, hasta aquella fama le resultó incómoda y aburrida.

Doña Remedios hacía planes. Contaba con convertir a la niña en una auténtica celebridad y así poder ser ella su mentora, su descubridora, su maestra, su creadora. La pobre profesora ya soñaba fortunas amasadas a costa del talento de Panchita. Los padres también construían castillos en el aire, imaginando que su niña los iba a llenar de gloria y de billetes.

Pero, ¿dónde residía el talento de la niña? Era simple. Había tenido la rara habilidad o la buena fortuna de acertar con la nota adecuada, de ser capaz de tocar una fibra sensible común a todos los mortales, que se ponían a llorar, sin poder evitarlo, al escuchar esa simple nota.

Quizá por eso mismo, la caída no tardó en llegar. Fue dolorosa para todos menos para Panchita. Si sus protectores hubieran sido medianamente racionales se habrían dado cuenta de que algo así tenía que suceder. Al cabo de poco más de un mes, Panchita comenzó a hacer progresos. Aprendió a tocar las otras notas y, poco después, hasta fue capaz de enlazar las unas con las otras de un modo medianamente coherente. Ahí comenzó su ruina. Porque pronto la niña resultó ser una medianía, según los más condescendientes, o un desastre según el público más realista.

El caso es que cuando Panchita aprendió a tocar la segunda nota, y a partir de ella las siguientes, se perdió la magia de aquella primera, de aquel do maravilloso. Tal vez fue porque se perdieron la pureza y la inocencia iniciales. Más probablemente porque, al aprender nuevas técnicas, fue adquiriendo parejamente los vicios correspondientes que desvirtuaron la vibrante sensibilidad de sus primeros intentos. Con toda seguridad porque Panchita no era una virtuosa, ni siquiera una intérprete mediocre, sino una pobre niña que había tenido la suerte de rozar con una sola nota el corazón de la gente, pero al tratar de añadir más notas a su escueto repertorio había perdido su primera y magnífica virtud. Se puede esperar que todas las personas compartan una fibra sensible que pueda ser pulsada de modo casual por una mano inocente, pero es imposible pretender que esa misma gente pueda vibrar de emoción frente a una sucesión de notas diferentes. Se puede compartir una fibra sensible, no una heterogénea mezcla de ellas. Así que Panchita, al aprender música, olvidó su magia y perdió la capacidad de emocionar a los otros. Más aún, tanto se desvirtuó su técnica que ya no servía de nada el que intentara repetir su única nota de tiempo atrás, pues ya no sonaba como antes, sino indistinta de cualquier otra.

Al cabo doña Reme admitió la realidad y los padres de la niña comprendieron que todo fue un espejismo. Se dieron cuenta de que la

niña Panchita no había sido elegida por las musas como su preferida. Viendo que los progresos eran nulos y la niña nunca lograría ser una intérprete siquiera vulgar sino pésima y desganada, tanto los padres como la profesora, dejándose llevar más por la frustración que por la realidad de la inutilidad de sus esfuerzos, decidieron que era mejor que Panchita abandonase su carrera musical. De ese modo Juan y Paca se ahorraron un dinero y doña Reme se ahorró los no pocos disgustos que le causaba la involución musical de su antigua alumna predilecta. La niña, por su parte, respiró tranquila. Pudo olvidarse del dichoso violín, que fue revendido a un precio razonable a don Leandro, y dedicarse a otras aficiones como jugar con sus amigas, convirtiéndose, de ese modo, en la envidia de Julita, su mejor amiga, quien tuvo que soportar contra su voluntad las clases con doña Reme y las interminables prácticas con el piano alquilado, sin que nunca se diera la feliz circunstancia de que una sola de sus notas lograra emocionar al público más predispuesto a aplaudirla.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA VERDAD DESNUDA

Lo que ahora vas a oír en tu interior es la verdad desnuda.

Manuel Gómez Pizarro nació hace treinta y ocho años, aunque nunca llegó a cumplirlos. Vino al mundo con una sensibilidad especial, seguramente exagerada. Vivió para los demás, sin pensar ni un segundo en él mismo. Desde pequeño manifestó una disposición continua de entrega y generosidad, difícil de creer en un niño. Pero créeme, es cierto. Yo fui testigo de su vida ..., y de su muerte.

En aquellos años de travesuras infantiles, Manuel era capaz de dar las pocas pesetas, que pacientemente juntaba domingo a domingo, a un compañero del colegio cuyos padres apenas lo podían alimentar; ayudaba a sus padres en las labores del campo; cuidaba de sus abuelos cuando su madre estaba ocupada. Sin embargo, a pesar de su generosidad y de su buena voluntad, nunca recibía ni un sólo signo de agradecimiento. Al contrario, el niño al que Manuel daba sus ahorros, momentos después era capaz de reírse de él junto con otros chicos de su pandilla, y tirarle piedras mientras le gritaban "santurrón". Su

padre le regañaba continuamente, puesto que, según él, los buenos son tontos y siendo de esa forma no llegaría muy lejos.

Manuel creció. Su vida continuó de la misma manera y su actitud hacia los demás, lejos de encogerse y replegarse, continuó creciendo en bondad y amor. No le importaban las risas, los comentarios malintencionados. Él ayudaba a quien lo necesitase sin esperar nada a cambio.

A los diecinueve años de edad le diagnosticaron una enfermedad ósea degenerativa. En pocos meses su movilidad quedó reducida drásticamente. Un año después acabó en una silla de ruedas. Manuel afrontó la situación de una forma espléndida: los fantasmas de la depresión y el desánimo nunca se acercaron a él. Al contrario, su particular optimismo y alegría le inducían a pensar que su estado sería meramente transitorio y que pronto se podría volver a levantar. Los padres de Manuel estaban muy disgustados por el problema de su hijo, no exactamente por la enfermedad en sí, sino porque habían perdido una ayuda muy valiosa en las labores agrícolas. Para su madre, además, Manuel se había convertido en otro "vegetal" para cuidar, junto con sus abuelos, y ya estaba harta.

Manuel intentaba llevar una vida normal. Salía en su silla de ruedas por las calles del pueblo, aunque, a veces, tenía que aguantar algunas burlas de los otros chicos. Él no llegaba a entender porqué lo trataban así, sin embargo, cuando pensaba en esto, rápidamente concluía considerando que en el fondo eran buenas personas y debía tomarse sus comentarios como bromas.

Manuel seguía esperando pacientemente el momento en que su enfermedad remitiese y volviera a andar. Esperó, pero lejos de llegar al final rápido que él deseaba, la enfermedad avanzaba implacablemente. El dolor se le hacía insoportable por momentos. Era incapaz de dormir por la noche y por el día lo único que lo consolaba era ir a la plaza del pueblo y quedarse horas dejando que el calor del sol le aliviase un poco.

Aquella mañana llevaba prisa. Me levanté un poco tarde y la hora se me echó encima. Sin desayunar, salí rápidamente y cogí el coche para dirigirme al almacén. Reconozco que conducía demasiado rápido, pero sabía que por las calles del pueblo no tendría ningún problema: el

tráfico era prácticamente inexistente. Giré con rapidez la esquina de la plaza y antes de que pudiese poner el pie en el pedal del freno, noté como la rueda delantera izquierda aplastaba algo. Oí gritos de algunos vecinos que estaban en la esquina. Bajé del coche y vi horrorizado que mis zapatos pisaban sobre sangre oscura y espesa. Al lado se encontraba el cuerpo intacto de Manuel, aunque su cabeza era irreconocible. Después supe que intentando subir el bordillo de la acera para ir a la plaza, la silla de ruedas volcó y Manuel cayó al suelo. Mientras los que estaban viéndolo no podían contener la risa, apareció a toda prisa mi coche.

Antonio del Valle Menchero

FÁCIL

Es fácil pensar que todo lo que nos sucede tiene un sentido oculto y que, de algún modo, nosotros podemos ser capaces de vislumbrarlo y, así, encontrar algo parecido al destino o una especie de predeterminación -ya sea de origen divino o mágico- que nos permitirá programar nuestra existencia dentro de unos márgenes de aceptable seguridad. Es cierto que nuestra vida se puede volver más o menos previsible. En eso consiste la rutina de la que, en mayor o menor medida, todos nos rodeamos. Pero la seguridad de la rutina sólo afecta a aquellos hechos previamente programados en la agenda diaria, los cuales pueden verse trastocados a la más mínima oportunidad. Esto, sin duda, no suele resultar agradable, y es por eso, creo yo, por lo que muchas veces tratamos de encontrar pautas, signos y falsas seguridades en todo aquello que de azaroso se nos cruza en el camino.

Es ante lo inesperado cuando recurrimos al destino y sus largos brazos como modo de explicar el azar dentro de lo necesario. Así, nos resulta tranquilizador buscar signos propicios en multitud de hechos insignificantes y en absoluto relacionados con el fundamento que queremos darles. Para explicarme, nada mejor que una serie de ejemplos referidos a mi propia persona -sirven para cualquiera- y relacionados -tan forzadamente como suele hacerse en estos casos- con ese supuesto determinismo cuasimágico al que vengo aludiendo:

Digamos que yo nací en el primer mes del año 1971. Eso significa que para el cambio de milenio -es decir, para el 2001- será mi

trigésimo cumpleaños, de modo que el primer mes del primer año del tercer milenio de nuestra era cumpliré los treinta años, edad considerada como de la plenitud física y la madurez mental. No cabe duda de que un signo tan extraordinario no puede ser casual, sino que para mí y todos los de mi signo y edad, ese año supondrá el de nuestra consagración o algún tipo de éxito o superación personal.

Seamos más generales. Algo significará que me cruce con un gato negro y no blanco. O que una tirada de los dados muestre número par y no impar. Algo significará que el vagón del metro esté lleno de mujeres bonitas o de ancianos; que un extraño me sonría o que unos ojos me observen. Hablaba antes de cifras. Es indudable que, si el azar no existe, los números -cualquier número- y las palabras -cualquier palabra- pueden tener significados ocultos tras su aparente casualidad. Ocurre igual con el hecho de encontrarse con aquella persona a la que uno lleva tanto tiempo buscando o recibir una llamada de la persona esperada en el instante preciso en que tal pensamiento se cruza por nuestra mente y que decidimos que no puede ser casual. Tras tales aparentes accidentes debe esconderse un signo premonitorio que tan sólo requiere de nuestra interpretación meticulosa para sernos útil y determinar algún tipo de respuesta que convertirá en trascendental lo que parece accesorio. El problema, claro está, es que yo no siempre soy capaz de interpretar los signos del destino, sus pequeños guiños. A veces creo que sí, pero en muchos casos tengo la sensación de que algo se me escapa. Porque algo deberán de significar las cifras que se cruzan en mi camino, algo querrán decirme las palabras de los carteles, las luces de las farolas que parpadean o las miradas -¿accidentales?- de los transeúntes. No es posible que lo improbable sea simple casualidad, ha de ser algún símbolo a interpretar. Por eso analizo los detalles en busca de sentido y, cuando no puedo encontrárselo, no está de más recurrir a los expertos que son capaces de leer mi destino en las estrellas, en las líneas de mi mano o a través de la interpretación de las cartas, nuevamente escogidas por ese supuesto azar que enmascara lo predeterminado.

Es tan fácil, ¿verdad? Pero por completo irracional. Como consuelo puede estar bien. Como simple distracción, también. Pero deja de serlo cuando uno lo convierte en obsesión y pauta de

comportamiento. Fiarse de los supuestos símbolos puede hacer que prolonguemos el sinsentido a todos los accidentes de nuestro camino y a todas las facetas de nuestra existencia. Siempre nos quedarán signos sin comprobar. Algo de nuestro destino que se nos escape. Y, aunque me diga que todos esos símbolos descifrados me ayudarán a decidir mi camino, lo cierto es que cada vez me queda menos capacidad de decisión. Porque, si hago caso de mi carta astral o de mi horóscopo del día, si atiendo las señales del tarot o las cifras de la numerología, tendré que obedecer los consejos que me llevan a una mejor posición. ¿O no?

Lo cierto es que, pese a tanto crédulo que hay suelto por el mundo, considero realmente saludable el hecho de que bien pocos son los que se toman los augurios al pie de la letra y siguen los supuestos designios del destino con todas sus consecuencias.

Juan Luis Monedero Rodrigo

AFINIDADES

No se conocían. Habían coincidido en aquel lugar y, al parecer, habían descubierto que compartían multitud de intereses.

-¡Joder, macho! ¡Cómo le hemos puesto al pringado ése!

-Sí, le hemos metido lo suyo, ¡je, je!

-Porque se ha ido corriendo, que si no.

-Negrata de mierda.

Estaban de acuerdo en todo. Los dos habían salido a la par del pub. Sus colegas respectivos se habían quedado allá adentro. Ambos se dirigieron una brevísima mirada de reconocimiento. Su indumentaria era similar: chupa negra de cuero, pantalones estrechos, botas altas, cabeza rapada, unos cuantos símbolos neonazis cosidos a la ropa. Eran extraños, pero ambos pertenecían a la misma hermandad.

-Venga, macho, te invito a una birrita -dice uno de ellos, enternecido por la afinidad.

El otro acepta y los dos se meten en un bar junto al pub del que han salido. El bar no es muy allá, pero es de los suyos, según dice el que ha invitado. El otro no dice nada, puesto que no está en su barrio y no sabe si el sitio es o no de confianza. Una vez dentro, se siente más a

gusto. Hay un par de neonazis en la barra. Los saluda alzando el brazo y ellos responden alegres a su gesto, repitiéndolo con igual marcialidad.

El que ha invitado pide las birras y, cuando se las han servido, los dos se ponen a charlar como si pretendieran arreglar el mundo.

Están de acuerdo en todo. El mundo está amariconado. La democracia es una mierda que se han inventado los comunistas y los judíos -como aquello del genocidio- para coger a todo el personal por los huevos y tenerlo bien sujeto sin poderse mover. Hace falta un líder, alguien que recupere los gloriosos tiempos del Caudillo, un hombre que meta a todos esos políticos y comunistas en cintura. Y para colmo, toda la morralla de inmigrantes. Negratas, sudacas, marranos, un montón de muertos de hambre invadiendo el país con la aprobación del gobierno. Quitando el pan y el trabajo a los pobres españoles. La raza orgullosa, la patria blanca y católica en manos de todos esos pordioseros. Había que dar bien por culo a todos los mamarrachos que consienten la ruina del país. Y, para terminar, los recientes amigos, apurando sus cervezas, eructan a dúo -como si se aclarasen la garganta- y se ponen a cantar a grito pelado el "Cara al Sol" con el brazo derecho en alto. El que ha invitado, tan contento como está por el alcohol y la paliza, pasa su otro brazo por el cuello de su colega del alma. Los otros dos skins ya se van, no sin antes saludarlos y devolverles nuevamente el saludo a la par que cantan, como ellos, la sagrada canción.

Pero, entonces, el que ha sido invitado se fija en la decoración del bar. Estaba un poco mamado -por no decir bastante- y no había visto los carteles que adornaban el garito. Ahora pega un respingo y se separa enojado de su colega. Todos los posters del bar son del Atleti, llenos de los gilipichis rojiblancos.

-¡Coño! -exclama, dando a su interjección el valor de todos sus pensamientos-, pero esto es un antro del Atleti -con asco-. No me digas que eres un puto atlético.

-Pues claro, ¿qué te creías? -replica el otro mosqueado-. A ver si voy a estar invitando a un merengue de mierda.

-¿Cómo que de mierda? Del Real y a muerte. Y yo dejándome invitar por un puto colchonero. ¡Puaj! ¡Qué asco! He bebido con un puto colchonero.

La cosa pasa a mayores. El dueño del bar se teme lo peor pero no se atreve a intervenir. Una cosa es decorar el bar a su gusto y consentir que entren aquellos cabezas rapadas cuyo dinero es tan bueno como el de cualquiera y otra es contemplar trifulcas en el local. Pero tiene suerte, los dos skins se retan:

-Eso no me lo dices tú en la calle -empieza el atlético como un crío de cinco años repitiendo lo que oye en la tele.

-En la calle y donde haga falta -y suena un tremendo eructo etílico.

Los dos ultras salen a la calle esgrimiendo sus navajas. Como no hay nadie más en el local, nadie los sigue. Aunque hubiera habido alguien aparte del dueño, no se habría metido por medio, salvo que fuera otro skin para meter baza por uno u otro partido. Los dos colegas se echan uno sobre el otro y, ¡chas, chas!, sendos navajazos vuelven a igualarlos. El dueño del bar no quiere saber nada. Un vecino llama a la policía para que venga a recoger a esos dos borrachos tirados por el suelo. El caso es que están muertos. Ellos, que compartían toda su ideología, no pudieron soportar comprobar que el colega se convertía en rival, comulgando con lo único que el otro jamás podría soportar: algo tan trascendental como que el tipo a su lado pertenecía al equipo más odiado. Tras la afinidad descubierta, el odio más cerril -el único sentimiento que ambos eran capaces de elaborar en sus cerebros- y la muerte como factor nuevamente igualador, que completa la afinidad definitiva.

Del mismo modo, se hermanan las familias de ambos cuando les comunican la muerte: sendos entierros, sendos pesares y sendos odios dirigidos al asesino del hijo. Ambas familias son incapaces de comprender la desgracia que les ha tocado. Su hijo -para cada familia el suyo- tan buena persona, tan buen hijo, tan sensato, y ha acabado de aquella manera por culpa de la intolerancia. Hay sucesos que resultan imposibles de comprender para la gente de bien. ¡Ay, en tiempos de Franco no pasaban estas cosas!

Juan Luis Monedero Rodrigo

TIEMPO PERDIDO

Entre las paredes alicatadas
de la torre de marfil
vas encaneciendo tu vida.
Los años
día a día
se hacen viejos.
En cada instante arrojado
a este minúsculo rincón humano
arruinas tu tiempo de felicidad
el placer de ser plenamente mujer.
Los sueños de tu vida caen
arrojados uno a uno
al destino cierto del fracaso.
El otoño deshojado invita al desaliento.
Abandono en manos deshonestas.
Burda imitación del amor
con caricias fraudulentas.
La derrota es segura
y el tiempo perdido
nunca lo volverás a recuperar.

Miguel Ángel Valero López

PREDESTINACIÓN

Carlos –ya, desde hacía algunos años, don Carlos para los viejos criados de la familia y para la mayor parte de los lugareños- estaba de pie frente a la puerta de entrada. Sabía que su destino lo esperaba del otro lado. Aun así le costaba cierto trabajo convencerse de la conveniencia de pegar un aldabonazo y hacerse presente a la moradora de la casa. Carlos se había puesto su mejor traje -y su guardarropa era considerablemente amplio-, se había perfumado, peinado y recortado elegantemente el bigote. En su mano derecha portaba un enorme ramo de flores entre las cuales se intercalaban no menos de tres vistosas orquídeas de exótico e impresionante aspecto, no hablemos ya de su precio desorbitado. En la izquierda, llevaba un bastón de caña que, por un instante, pasó a la mano de las flores para así disponer de la

siniestra libremente a la hora de hurgar, desconfiado, en un bolsillo de la chaqueta y comprobar que allí seguía el paquetito que completaba su presentación. Al tocar el pequeño objeto junto a su pecho, notó que el corazón le latía presuroso, nerviosamente acelerado, lo cual no tenía sentido, pues aquella escena ya se la había pintado en la mente tantas veces que, racionalmente, no le suponía ninguna novedad que pudiera o debiera alterarlo. Además -y de esto estaba casi por completo seguro-, ella lo esperaba. Quizá era la levísima posibilidad de que surgiera la duda -por parte suya tanto como de ella- lo que volvía aquel instante de ligera inquietud, como así afirmaba el ritmo anormal de su corazón junto con la incipiente sudoración de sus manos. Pero las dudas, si es que de verdad existían, eran inútiles. No existía ninguna otra salida, ninguna posibilidad, para ninguno de los dos. Así que Carlos resopló fastidiado tanto por la situación como por su definitiva resolución mental e hizo golpear la aldaba contra la placa de bronce clavada al portón. El sonido resultante, brusco, grave y exigente, resonó en la calle silenciosa. Ya sólo quedaba esperar que la dueña de la casa acudiera a abrir.

Áurea no lo hizo esperar. En realidad, no sabía que era él. Podía ser cualquier persona -incluida su señora madre, cuyo regreso de la costa era inminente- y no era cosa habitual encontrarse con alguien tan elegante a la puerta de su casa, pero la presencia de Carlos no la sorprendió demasiado. En el fondo, sabía que, tarde o temprano, aquel instante debía llegar. Ni siquiera tuvo que preguntar cuál era el objeto de la visita. Ambos lo comprendían perfectamente sin necesidad de palabras. En cierto modo, Áurea sabía tan bien como Carlos que sus vidas no podían ya transcurrir de otro modo. En cierto modo, aun sin confesárselo, Áurea había aguardado esa visita desde hacía tiempo, más con resignación que con impaciencia. Era la consecuencia natural de los acontecimientos; tampoco un suceso fastidioso.

Ya su padre, don Baudelio, poco antes de morir, se lo había pronosticado. Igual que los padres de Carlos le habían anunciado -enmascarando el augur tras el inocente disfraz de un consejo- que un día no muy lejano acudiría a la puerta de Áurea a cumplir con un deber que casi parecía su destino aguardando al final del camino.

Áurea lo saludo amable, aunque sin demostrar alegría. Le franqueó la entrada y recogió de su mano sombrero, bastón y ramo de flores. Tras colocar el sombrero en una percha y el bastón -a falta de mejor depósito- en un paragüero, agradeció con fingida emoción el regalo de las hermosas flores. No se molestó en simular sorpresa ni en preguntar por el objeto de la visita y los obsequios. Carlos tampoco se sentía demasiado emocionado ni muy dispuesto a efusividades o confesiones, pero no había otro remedio que afrontar el asunto que lo había traído hasta Áurea y, como no era hombre de muchas palabras, decidió ir directamente al grano, aprovechando al máximo las escasas frases que estaba dispuesto a pronunciar.

-Un día bonito -comentó como de pasada, malgastando una frase que le sirvió tan sólo para aplazar por un instante la exposición de su objetivo. Quizá esperaba que Áurea le diera una réplica y, a la par, un pie con el que proseguir la conversación. Pero si Carlos era callado, Áurea parecía muda.

-Sí -dijo ella sin modular en ningún sentido la breve expresión.

Carlos sintió el peso del incómodo silencio que siguió a aquel monosílabo. Era evidente que ninguno de los dos era demasiado hábil con las palabras y que su interés mutuo no era precisamente grande. No obstante, se obligó a adoptar un tono jovial, que sonó bastante hueco, para tratar de relanzar la conversación:

-Pues he pensado que era un buen día para venir a visitarla.

-Ya veo.

Nueva pausa incómoda.

-Vamos -añadió Carlos, ligeramente irritado, tras una breve duda-, que he venido para verla y, bueno, creo que usted sabe perfectamente a qué he venido.

-Supongo.

Ambos sabían y suponían muchas cosas. También sus respectivas familias. Si los hubieran visto en aquella tesitura, intercambiando tales frases, no se habrían sorprendido demasiado de la torpeza y la estupidez intrínsecas en ellas. Si habían llegado a tal punto era por alguna razón. De hecho, la escena se podía considerar, en cierto modo, preparada por sus familias.

-Le he traído las flores y, bueno, le he traído también algo más.

-¿Sí?

Carlos, disgustado por la dificultad de mantener un diálogo y por su incapacidad no sólo para recordar las frases preparadas en casa, sino para incluir lo poco que recordaba de su monólogo previsto, como réplica para aquellos descorazonadores monosílabos, empezó a hurgar, nervioso, en el bolsillo de su chaqueta, buscando el paquetito que escondía.

-Tome, es para usted -añadió, sin darse cuenta de la obviedad, y le extendió la cajita.

-Gracias -replicó Áurea con voz monocorde y, sin mirar a su galán, recogió de su mano el paquete.

Carlos aguardaba impaciente, pero Áurea no tuvo prisa a la hora de abrir el envuelto. No mostraba ningún signo de emoción y la serena expresión de su rostro tampoco se vio alterada cuando del envoltorio sacó un estuche de joyería. Su contenido estaba claro: una sortija. Era un anillo de pedida. Hecho de oro y con un gran rubí rectangular engastado en su centro.

-Es muy bonito -comentó Áurea, sin un ápice de emoción, a la vez que deslizaba el anillo en su dedo anular.

-¿Significa eso que...? -preguntó Carlos tímidamente, sin atreverse a acabar la frase. No sabía exactamente cuál era la razón, pero lo cierto es que sentía un nudo en el estómago y la garganta tan seca como húmedas estaban las palmas de sus manos.

-¿Qué? -añadió Áurea inocente, por no decir estúpidamente.

-Vamos, que es un anillo de pedida -explicó Carlos acelerado, realmente enfadado e incómodo-. Quiero decir, que he venido a pedirle a usted la mano. Vamos, que si quiere usted casarse conmigo -concluyó sin dar el adecuado tono interrogativo a la frase.

-¡Ah, eso ya lo sabía! -replicó ella sin que Carlos supiera exactamente a qué parte de su explicación se refería el entendimiento, aunque dedujo que era a la petición-. Bueno, pues sí.

Al hablar no se molestó en mirar a su pretendiente sino que extendió la mano con el anillo por delante de sus ojos y se dedicó a

contemplar, con ensimismamiento de ave ante cosa brillante, la joya de su dedo.

-Pues sí, ¿qué? -dijo Carlos con un hilo de voz, verdaderamente irritado pero incapaz de demostrar la ira acumulada.

-Que sí quiero -continuó Áurea después de pensárselo un instante, como si buscara las palabras para que aquel torpón duro de mollera la entendiera-. Que seré su prometida -completó para que no hubiera duda, realmente convencida de que ninguna otra frase podría haber surgido de sus labios en ese instante.

-¡Ah! -aceptó Carlos, mezclando la exclamación con un suspiro de auténtico alivio-. Ahora debería darle un beso, ¿no?

-Supongo.

Y, dicho esto, Carlos se acercó a su novia temeroso, lentamente. La abrazó como si la mujer fuera un objeto frágil o de contacto desagradable y, después de dudar un instante, depositó un seco beso en la frente de Áurea. Ella devolvió un beso en la mejilla, como si aquello fuera lo más natural entre amantes, y no se molestó en añadir ninguna efusividad más.

-Bueno, pues ya está hecho -dijo Carlos apartándose de ella, como si se hubiera quitado un auténtico peso de encima. Por primera vez desde su llegada, se lo veía realmente contento.

-Hecho está -apuntilló Áurea quien, recordando la urbanidad de que no había hecho gala en toda la visita, lo invitó a seguirla al salón y sentarse a tomar un té o una limonada que no tardaría más que un instante en preparar.

Carlos la siguió a cierta distancia y tomó asiento en un sofá. Áurea se fue a la cocina a preparar una infusión de menta que su novio había aceptado indiferente y Carlos se pudo relajar a gusto en su asiento. El nudo del estómago empezaba a deshacerse y las palmas de las manos, tras ser secadas contra la pernera del pantalón, habían reducido su sudoración a los niveles normales. Al cabo, no era tan malo aceptar el destino. Una vez cumplido el deber, ya todo marchaba bien. Por cierto que igual opinión se abría paso en la mente de Áurea mientras preparaba la menta. Ahora se sentía más tranquila, liberada de una gran tensión que nadie hubiera adivinado, a través de sus gestos, que la impertérrita mujer pudiera sentir. Tanto tiempo

aguardando y temiendo aquel instante y ahora resultaba que para ambos era el momento de la serenidad y la placidez.

Al cabo de unos minutos, Áurea, silenciosa, regresaba al salón con una bandeja, una tetera, azúcar y las tazas con sus correspondientes platos y cubiertos. Puso la bandeja en una mesita ante Carlos, sirvió la infusión y se sentó en una butaca, en la esquina del sofá, lo que permitió a la reciente pareja mantener entre ellos la distancia previamente calculada para sentirse cómodos.

Así permanecieron durante poco más de una hora, alternando los largos silencios con estúpidos comentarios acerca del tiempo, el estado de salud de sus familiares o interesantísimas cuestiones de política nacional y local. Al cabo, Carlos se fue. Áurea, su prometida, lo acompañó hasta la puerta y lo despidió sin un beso, limitándose a colocar en sus manos sombrero y bastón. Carlos no se quejó de tan fría despedida. Se limitó a apuntar que ya volvería por allí al día siguiente y que, si lo deseaba, podrían pasear por el pueblo. Áurea no dijo nada, conque su novio decidió que habría aceptado. Los dos amantes se separaron y se sintieron sumamente aliviados. Ya todo estaba hecho.

Cualquiera se daría cuenta de que Carlos y Áurea no se amaban. Es más, no se tenían simpatía. Tampoco se puede decir que se resultaran antipáticos lo cual, conocidos ambos personajes, no era poca cosa para que pudieran empezar una relación. Pero, al margen de sus sentimientos, había otras poderosas razones que los habían conducido a aquel forzado noviazgo. Conjuntamente, tales razones llevaban a concluir que algo así como el destino los había unido.

Carlos era el heredero de una de las fortunas del pueblo. Era ésa, posiblemente, su única virtud. Por lo demás, era un tipo un poco engreído y hasta estúpido. Su petulancia no era voluntaria ni consciente. El tipejo se lo tenía bastante creído. Lo malo era que sus gracias no corrían parejas con su imagen de sí mismo. Se creía muy listo y no lo era, pues no pasaba de poseer una inteligencia mediocre y falta de imaginación. Se creía apuesto y era más bien feúcho. Sin embargo, toda la imaginación que le faltaba habitualmente, la empleaba para fabricarse un enorme ego según el cual se veía a sí mismo como el centro del universo o poco menos. Tanto era así que, llegado el momento de casarse para buscar herederos futuros a su propia

fortuna, ninguna de las posibles novias le parecía la adecuada. Dejó pasar por su lado a algunas mocitas interesantes y hasta a buenos partidos. Algunas jóvenes humildes, unas bonitas y otras que no lo eran tanto, veían en el heredero adinerado la culminación de sus deseos. Otras menos agraciadas pero bien dotadas económicamente estaban dispuestas a unir sus intereses con los de aquel caballero para multiplicar el patrimonio. Las unas y las otras eran rechazadas, o eso le parecía al bueno de don Carlos. A algunas las ignoraba directamente y con otras se permitía algún que otro coqueteo tras el cual, indefectiblemente, decidía que aquellas mujeres no merecían ser puestas a su nivel. Ninguna le parecía demasiado buena para sus discutibles méritos. Y es que él deseaba la mujer perfecta: bella e inteligente, adinerada, dulce y complaciente. Es posible que aquel ideal no existiera más que en su cabeza, pero lo que sí es seguro es que a todas aquellas mujeres a las que, siquiera momentáneamente, pretendió, no les causó una impresión demasiado grata. Es cierto que fue él quien las rechazó, pero sólo porque su impaciencia le impedía llegar a conocerlas, mientras que ellas, con un primer y único encuentro, tenían suficiente como para hacerse una idea bastante aproximada de él. Suficiente como para describirlo como un patán con el que, pese a su dinero, no estaban muy seguras de querer encontrarse nuevamente para proseguir una relación. De modo que a Carlos ninguna mujer le parecía suficientemente buena, de igual manera que él no parecía aceptable para ninguna de las mujeres que lo conocieron. Así que el tiempo pasó y, pese a las reconvenciones de sus padres y su insistencia para que no fuera tan "irracionalmente exigente", Carlos se encontró convertido en mozo viejo y solo. Conque las reconvenciones se agudizaron mientras que su criterio, lejos de suavizarse, se volvió todavía más exigente. Ya que había esperado tanto "no iba ahora a cargar con cualquier mujer". Al cabo, no quedaron apenas mozas casaderas en la comarca a las que pudiera pretender. Menos aún buenos partidos con los que emparentar, acordes con su fortuna, que no fueran más que tiernas adolescentes. Hasta que un día, más lejano en el tiempo de lo que Carlos podía recordar, su padre le hizo su presagio en un tono bastante sarcástico: "No, si a este paso vas a acabar casándote con Aurita, la chica de los Valdés-Contreras. Desde luego haríais bonita

pareja. Parecéis hechos el uno para la otra". Y don Braulio, el señor padre, no sabía entonces cuanta razón encerraban sus palabras.

Aurita no se quedaba atrás en virtudes. Su familia no era tan rica como la de Carlos. Pero tampoco era pobre y podía considerársela lo que se llama una buena familia. Herederos de ricos hidalgos venidos a menos, todavía conservaban ese aire de nobleza y austeridad que mezcla el orgullo con cierta envidia hacía los nuevos ricos boyantes. Áurea era, en cualquier caso, un buen partido. Hija única, contaba con una dote interesante y además adornaría con su buen nombre cualquier emparejamiento. La chica era, además, razonablemente bonita, de modo que muchos, tras verla, se maravillaban de que estuviera soltera y sin novio a su edad. Pero eso lo pensaban los que no la conocían. Porque el caso, y la causa de su soledad, era que la muchacha era de lo más simple y, para desgracia de sus padres, tan exigente o más que el bueno de don Carlos. Áurea tenía de sí misma un elevadísimo concepto, en absoluto acorde con sus gracias que, al margen de una cara bonita y un buen talle, eran más bien pocas. La muchacha era realmente torpe a la hora de enlazar pensamientos y palabras. Si no hubiera sido de buena familia, más de uno habría dicho de ella, sin el menor reparo, que era una completa imbécil. Y además de falta de luces, Áurea era una presuntuosa de mucho cuidado, tan pagada de sí misma que rechazó a unos cuantos pretendientes, incluido algún partido aceptable, por considerarlos demasiado poco para ella. No se daba cuenta la pobre de que aquellos desgraciados demasiado hacían con estar dispuestos a cargar con ella y sus defectos. Sus padres, más realistas, trataron de organizarle una boda razonablemente buena, pero nada, la chica no quiso casarse con don Faustino, el médico del pueblo, porque el hombre era un poco bizco y demasiado velludo para su gusto. Sus padres se llevaron un buen disgusto, pero no hubo nada que hacer. Fue entonces cuando el señor Valdés pronunció su más lapidaria sentencia: "No, si merecerías acabar con el imbécil de don Carlitos Mejías", dijo convencido de su crueldad. Aquel disgusto no fue, posiblemente, lo que mató a don García, el padre de Aurita, pero lo cierto es que el buen hombre se murió poco después. A partir de entonces, Aurita pudo hacer su santísima voluntad, ya que el espíritu materno no acertaba a domesticarla. Como, además, la renta familiar se redujo a la mitad

-pues la pensión que la viuda recibió tras la pérdida del marido fue exactamente de ese valor- Aurita ya no parecía un partido tan apetecible como hasta entonces sabiendo, por añadidura, que en la boda se incluía, con bastante seguridad, el obsequio de cargar con la suegra. De modo que el número de pretendientes descendió hasta hacerse nulo y la edad de Aurita aumentó hasta hacerse solterona y convertirse en Áurea, ya doña Áurea para algunos.

De manera que los dos personajes se encontraron en semejantes circunstancias. Dos de las principales familias del lugar, los Mejías y los Valdés, se veían sin sucesores para sus dos únicos herederos. Mientras, todos los mozos y mozas casaderos iban encontrando su correspondiente pareja. De modo que, para cuando a Carlos y a Áurea se les pasaron sus ínfulas de grandeza, ya nadie quedaba disponible para ellos, nadie, al menos, que aún estuviera dispuesto a cargar con ninguno de los dos.

Así que, con el correr del tiempo, el destino tomó partido en aquel problema de la sucesión y resolvió la situación del modo más simple. A nadie sorprendió el rumor, posteriormente confirmado, que varios meses después se extendió acerca de don Carlos y doña Áurea: los Mejías-Dávila y los Valdés-Contreras iban a emparentar. Y no es que los padres estuvieran contentos con el bodorrio, pero también ellos, al igual que toda la gente de la comarca, estaban de acuerdo en que no podía ser de otro modo: estaban hechos el uno para la otra, predestinados a encontrarse y reunirse.

No es cuestión de hablar de la ceremonia de la boda ni de los años de matrimonio. Es evidente que, con semejante pareja, poco de interés hay que merezca la pena ser contado.

Juan Luis Monedero Rodrigo

A una luz perdida

EL APAGÓN SUCEDE EN UN INSTANTE
Tenía mil palabras que decirte
y hasta un enorme arcón lleno de besos.
Cientos de cartas aún por escribirse,
bellas como tus ojos, y es difícil.

La música más dulce a tus oídos
y una sonrisa hermosa en el bolsillo.
Tu rostro en la memoria y mil colores
con que pintarte tantas otras veces.
Pero se fue la luz y en estas sombras
no encuentro ya la frase que faltaba.

Juan Luis Monedero Rodrigo

SOBRE HOMOSEXUALIDAD

Se habla mucho en nuestros días acerca de la sexualidad pero, como respecto de tantos otros temas, la mayoría de los supuestos expertos no conocen del asunto más que sus propias invenciones. Pocas investigaciones realmente serias se han llevado a cabo para determinar las causas, motivaciones y consecuencias de los comportamientos sexuales. Baste para ello leer mi monografía en seis volúmenes introductorios -papel biblia y seis centímetros de grosor por volumen- titulada "Breve apunte sobre las mil trescientas once mentiras sobre sexualidad ampliamente aceptadas por el general de la población. Desde Adán hasta la Tarara: herencia, malformaciones congénitas, viabilidad infante-adulto, onanismo compulsivo y enfermedades psicosexuales. Estudio estadístico-comparativo-bibliográfico sobre la estulticia humana y la facilidad para aceptar supuestos no contrastados". Baste, asimismo, leer la simplista aproximación al tema que los autores de este panfleto perpetraron en el número séptimo de su revista (de la cual sólo cabe recomendar la lectura de los dos textos proporcionados por el autor de este ensayo con objeto de elevar el nivel intelectual y erudito de tan deleznable monográfico). Como no es objeto de esta nota profundizar en la herida de la inoperancia mental de los redactores de este infame fancine, ni el espacio disponible es suficiente para aclarar determinadas cuestiones sobre el tema (que por otro lado son ampliamente tratadas en mi obra anteriormente reseñada de la cual puedo ofrecer a algún lector interesado un borrador no encuadernado de seis mil setecientas once páginas a espacio sencillo con el leve inconveniente de estar todas ellas manchadas de chorizo) me limitaré en este número a hacer la presentación universal de mi último gran descubrimiento: la existencia de un gen relacionado con la

homosexualidad el cual, si bien aún no he podido identificar físicamente situado sobre el correspondiente cromosoma, sí he catalogado en cuanto a su expresión génica: efectos en hetero y homocigosis génicas. Vaya pues por delante esta breve reseña científica que, sin duda, aparecerá impresa más extensamente en la archifamosa revista "Lustrario científico de las investigaciones del insigne investigador don Gazpachito Grogrenko", revista pentaanual de próxima aparición, a cuya publicación podría seguir un artículo en esa otra revista pedante e inculta (de nombre "Nature") que todavía no se ha dignado (debido, creo yo, a la envenenada envidia de sus redactores ante mi descubrimiento) responder acerca de la publicación en sus páginas centrales (o eso o no consentiré que se publique) de la copia de mi artículo (sólo sesenta y cuatro páginas impresas sin dibujos ni cuadros que distraigan la atención del lector, escritas en un delicioso inglés del siglo once con amplio vocabulario sajón apenas contaminado por las aportaciones normandas y francas) que les envié hace tan sólo ocho meses.

Pero vayamos con mi descubrimiento.

Cabe decir que, a colación con el título de la revista, debo añadir que, evidentemente, mi hallazgo no es resultado de afortunada serendipia sino fruto del más laborioso trabajo, trabajo que, como honroso obsequio divino -que no castigo- siempre ha acompañado, para mi fortuna, mis incuestionables cualidades de raciocinio e imaginación -incluyendo en tan simple término buenas dosis de imaginación espacial, lingüística, aritmética, geométrica y gastronómica-. Pues bien, he de decir que estos continuos trabajos -sin resultado tangible por cuanto que el gen, como ya he dicho, no ha sido identificado físicamente sobre la correspondiente hebra nucleotídica de cromatina cromosómica- han proporcionado al común de los mortales la más importante teoría científica desde los tiempos de Aristóteles. Para los incrédulos diré que, pese a la falta de pruebas directas, la multitud de indicios indirectos y la perfección del razonamiento seguido hacen imposible que mi teoría -no sé si me atreveré a llamarla axioma- esté equivocada.

¿Cuál es la teoría?, se preguntarán mis ávidos y curiosos lectores con el alma en vilo. Pues bien, se trata de la teoría que desvela definitivamente el origen de esa execrable enfermedad llamada

homosexualidad. Digo enfermedad y no me equivoco. Pues, tal y como La Santa Madre Iglesia ha venido proclamando durante siglos, se trata de un vicio contra natura y de un defecto de los que la padecen.

¿Cuál es, pues, mi descubrimiento? Tan simple como elegante: la homosexualidad masculina está determinada por un único gen cuyo comportamiento no había sido desvelado hasta mi determinante intervención. "¿Qué gen es ese?, ¡oh gloriosa luminaria de la humanidad!", se preguntará el admirado lector. Sería muy sencillo explicarlo en dos frases, pero la mente humana puede que no alcance a comprender mi insuperable razonamiento si no me lanzo, previamente, a una breve disquisición introductoria.

Para comenzarla recurriré a los lugares comunes ampliamente admitidos. Todo el mundo conoce el carácter de los homosexuales, maricas o sarasas. Son unos individuos ridículos y estúpidos que desdicen aquella definición del gran maestro que se refería al hombre como el bípedo implume, puesto que ellos se esfuerzan en portar la pluma como estandarte. Pero no es de su carácter degenerado de lo que quiero aquí hablar, sino de cuestiones de anatomía, fisiología y herencia. Porque, veamos, ¿no es bien cierto que la mayor parte de las mujeres coinciden en la opinión de que los hombres más bellos y hermosos resultan no serlo tanto como uno podría opinar? Dicho de otro modo, ¿no es la belleza -desde el punto de vista femenino- uno de los principales atributos de la condición sarasil? Creo evidente que es así. ¿Y no es menos cierto que muchos homosexuales, si no todos, son hijos de padres absolutamente impecables cuya masculinidad no sólo está fuera de toda duda sino que, además, es notoria, por no decir exagerada? Me parece, por tanto, de una obviedad incuestionable el hecho de que los homosexuales son todos guapos chicos hijos de hombres machotes que se avergüenzan de sus deleznables vástagos. Bien, pues tras esta introducción, es llegado el momento de mostrar a la luz mi brillante teoría que, partiendo de los dos sencillos supuesto descritos hasta aquí, explica de modo irrefutable el porqué de la mariconería a la vez que libera de culpa y/o pecado a los desgraciados portadores del estigma.

Señores, he aquí mi descubrimiento:

La condición mariconil viene determinada por un único gen autosómico -es decir, portado por un cromosoma no sexual, sin que este último término conlleve matices escabrosos sino que describe la simple constatación de la situación y posicionamiento génico- que se comporta del modo y manera siguiente: la presencia del gen de la homosexualidad en una sola dosis -lo que se llama heterocigosis, condición híbrida o, más correctamente monohibridosis- hace que el portador desarrolle un singular atractivo para las hembras de su especie sin perder por el camino su masculinidad, con lo que el portador es todo un hombre y tiene el éxito asegurado entre las mujeres. Esto explicará, como se verá posteriormente, la imposibilidad de erradicar el mal. Pero sigamos. Resulta que el efecto génico varía cuando el individuo porta doble dosis del factor hereditario -una transmitida por su padre y otra por su madre, la cual no se vería afectada en modo alguno por la presencia de tal factor en su genomio-. Es en este caso cuando el muchacho, al par que resultar físicamente de lo más agraciado, hereda, como contrapartida, la condición homosexual, a la cual, y al vicio que conlleva, difícilmente será capaz de sustraerse por lo que, como ya he dicho, difícilmente podrá culpársele del pecado. De este modo, de la pareja formada por un padre exitoso en la conquista de la hembra -razón por la cual el gen se verá favorecido- y de una madre portadora inconsciente del defecto, puede llegar a nacer un individuo aberrante del grupo de los mariquitas, dicho sea esto con todo el respeto y la pena del mundo por el infeliz.

Así pues, queda claro que el gen de la homosexualidad no podrá ser erradicado y tan sólo podremos buscar una cura paliativa al mal -para lo cual sugiero, desde estas páginas, que se inicien las pesquisas para poder efectuar la terapia génica y teológica lo más rápidamente posible-. Y no tengo más que decir salvo, quizá, que, en ocasiones, me asombro a mí mismo con mis infinitas lucidez y perspicacia. Hablando de perspicacia, supongo que algún lector quisquilloso se habrá dado cuenta de que mi teoría parece aludir tan sólo a los homosexuales del género ¿masculino?, pero he de decirles que considero que mi teoría, con pequeñas matizaciones, podrá ser extendida al mundo de las lesbianas y los gatos.

Pues, adiós. No dejaré que me abrumen con su innecesario agradecimiento aunque, tal vez, consienta que compongan alguna oda en mi honor que gustosamente leeré al calor del brasero en el que arderán las envidiosas críticas de los más torpes.

Gazpachito Grogrenko
(adalid de las neuronas útiles y pastor de almas descarriadas en busca de la luz)

Algún imbécil cree que no hay destino, y va a morirse un día igual que yo. Si no es destino ése, cuéntame otro chiste. ¿A qué le llamas predestinación? No busques más sentido a mis palabras. Por una vez el más claro es:

El temible burlón

EL MILAGRO DE VALERIA CAÑÓN

Está a punto de resolverse el proceso de canonización del padre Ceferino Apelas, aquel gran hombre que tantas y tantas obras hizo en beneficio de la humanidad. No sé cuál será el resultado del proceso, puesto que nada se ha filtrado de las pesquisas del Vaticano, pero confío por completo en que la santidad del padre saldrá a la luz con todo su esplendor, demostrando a todos que merece un lugar en los altares.

Quizá yo no sea el narrador más adecuado para realizar este panegírico de la figura de don Ceferino, puesto que mi presencia en este mundo es resultado de su milagrosa mediación desde las alturas donde, sin duda, descansa sentado bien cerca del Altísimo. Yo no conocí al padre, si bien mi temprana vocación tuvo su origen en su magna obra a la que, sin miedo a cometer incorrección, me atreveré a llamar milagro, pues fue sin duda un prodigio lo que me permitió nacer en este mundo. Yo no conocí a Apelas, que ya había muerto tiempo antes de mi nacimiento. Pero mi madre me describió con detalle su vida y me hizo partícipe del maravilloso secreto que ocultaba mi aparentemente trivial nacimiento. Más tarde, ejerciendo de improvisado abogado del diablo, pude comprobar punto por punto la verdad de las tesis de mi madre. Mi vocación religiosa era, por aquel entonces, bien profunda, pero la comprobación del milagro aún sirvió para hacerla mayor. Hace poco que

he tomado los hábitos y tal vez peque de bisoñez e ingenuidad a la hora de describir mis sentimientos, pero me parece que el milagro del padre Apelas fue doblemente importante porque permitió el alumbramiento de un nuevo niño en este mundo al par que sirvió para liberar del pecado a una persona confusa y atormentada.

Pocos conocen el milagro. Mi madre me lo relató una y mil veces. Tantas que ya me parece haber vivido aquellos acontecimientos realmente y no sólo de oídas. Si no he hecho público antes el milagro fue por respeto hacia mi madre. Aunque ella insistía en la necesidad de colaborar en la canonización del padre y a tal tarea dedicó los últimos años de su vida, debo admitir que algunos de mis hermanos, altos jerarcas de la iglesia de nuestro país, han tratado de frenar el proceso, escandalizados por las implicaciones que, según ellos, contenía la veracidad de su historia. Mi madre, doña Valeriana Rodríguez Masa, ya ha muerto, y en poco pueden afectarla estas nuevas confesiones que tratan de actualizar el milagro. Su vida cambió por completo gracias a don Ceferino y ella fue su más humilde sierva desde que lo conoció. Apelas murió relativamente joven y mi madre relativamente mayor, pero estoy seguro de que ambos comparten ahora su felicidad en el paraíso. Quizá el nombre de mi madre les resulte desconocido, pero si les hablo de José Rodríguez Masa o de Valeria Cañón, tal vez alguno de ustedes, quizá sólo alguno de avanzada edad, sea capaz de hacer memoria. Para los que nada saben de la historia, diré que los tres nombres que he mencionado se corresponden con la misma persona: mi madre, aunque, en honor a la verdad, creo que no se puede ni debe decir que los tres sean una única persona.

Por no confundir la historia con mis propias impresiones, creo que lo mejor será que les haga el relato de los sucesos previos al milagro de mi nacimiento. La historia comienza con el momento en el que el padre Apelas y Valeria Cañón se conocieron, lo cual sucedió en un estudio de televisión, dentro de un programa de debate y entrevistas.

Era aquél el tiempo de mayor celebridad de don Ceferino. Él, cura joven e inteligente, no desdeñaba ninguna oportunidad de mostrarse en la pequeña pantalla para fustigar con el látigo de la más severa moralidad a todos esos personajes que con sus escándalos tan frecuentemente alcanzan cierta notoriedad. Apelas levantaba

auténticas ampollas con sus comentarios y aun creo que ese santo varón, cual nuestro Señor entre fariseos y mercachifles del templo, se granjeó muchos poderosos enemigos. Pero aquello no molestaba a Apelas, quien estaba convencido de la necesidad de mostrar bien a las claras la postura de la Santa Madre Iglesia ante todas esas desvergonzadas modernidades. Si a esto añadimos que el padre recibía grandes dádivas por sus intervenciones y empleaba ese dinero en caridades, comprenderemos que don Ceferino no buscaba protagonismo sino un modo célere para poder llevar a cabo sus buenas obras.

Pues bien, descrito el papel de Apelas en la televisión, cabe decir, a continuación, que el principio de mi historia fue un malintencionado encuentro televisivo entre Apelas y uno de sus enemigos declarados del momento: Valeria Cañón.

Valeria era un hombre. Se trataba de uno de esos travestidos que en aquellos tiempos adquirían cierta notoriedad montando espectáculos de dudoso gusto. No es por justificar a Valeria, pero en su favor hay que decir que de algún modo debía ganarse la vida.

No voy a discutir aquí sobre la moralidad de una conducta como la de los travestidos. Un corazón y un alma confusos son capaces de conducir a cualquier persona, más allá de sus creencias y prejuicios, hasta situaciones indeseables. El travestismo, como espectáculo, no era más que la imagen amable de un grave problema para quien vivía tan incómoda situación. Hombres que deseaban ser mujeres, mujeres que deseaban ser hombres, insatisfacción con sus propios cuerpos, negación de sí mismos y del papel otorgado por Dios, tal era la terrible carga de las almas de tales personajes. Mal vistos por la sociedad, con dificultad para encontrar trabajo y ganarse la vida, muchos de ellos acababan dentro del sórdido mundo de la prostitución o mezclados en espectáculos con tintes lascivos o pornográficos. Valeria se vio atrapada en ambos mundos. No es extraño que ejerciera, además, de rebelde contra la sociedad.

Esa noche, por tanto, asumió su papel de rebelde y la tomó contra don Ceferino. Apelas, por su parte, atacó con saña, sin aparente misericordia, a la, pese a todo, ingenua Valeria. Las bromas de mal gusto de Valeria tuvieron su contrapartida en los afilados comentarios del padre. Se podría decir que, con su dialéctica, Apelas destrozó a

Valeria. Sin embargo, no había odio en Apelas, como se demostró más tarde, al concluir aquella pelea de verduleras a la que los productores llamaban debate.

Notará el lector que mis palabras destilan una cierta simpatía por Valeria. Me doy cuenta, además, de que me cuesta trabajo referirme a Valeria como el hombre que, a fin de cuentas, era en aquellos tiempos, aunque su aspecto no lo demostrara.

Valeria se había operado los pechos y se los había puesto voluminosos y de silicona. Se había depilado todo el cuerpo y, especialmente, la barba. Llevaba largos cabellos y había iniciado el costoso tratamiento hormonal para suavizar su aspecto y feminizarse. Pero aún conservaba lo que él llamaba su "colgajito", esperando el momento de operarse definitivamente. Como la operación requería dinero que no tenía, y su trabajo en un espectáculo soez -al que llamaban eufemísticamente "de variedades" por su remoto parentesco con el cabaret-, no daba demasiados beneficios, Valeria se brindó gustosa a despellejar a Apelas a quien, además, odiaba de un modo irracional que no supo explicarse hasta mucho después.

Para Apelas no era cuestión de odio. Ni siquiera de incomodidad. Simplemente, sentía lástima por aquel personaje, así como por tantos otros desgraciados que en aquellos tiempos, igual que hoy en día, pululaban por el mundo exhibiendo orgullosamente sus vergonzantes miserias. No obstante, don Ceferino respondió durante el "coloquio" a las groserías de Valeria y del moderador del programa con sarcasmos unas veces sutiles y otras directos y dolorosos. La despellejada fue, pues, la pobre Valeria. El público debió de divertirse lo suyo, porque al terminar el programa el moderador señaló la posibilidad de que hubiera una segunda parte para aquel jugoso encuentro.

Lo cierto es que el encuentro no se repitió. Tras el debate, Apelas invitó a Valeria a tomar una copa y conversar de un modo más relajado. El travestido, confundido por aquella actitud, aceptó la oferta. Y allí se fraguó el inicio del milagro.

Valeria -José Rodríguez Masa, por hablar con mayor propiedad- era una persona religiosa. Y, quizá por esa misma fe que sentía, la indignaba especialmente lo que ella consideraba fariseísmo

por parte de muchos cristianos y hasta de muchos sacerdotes. Se limitaban a condenar su conducta y su "capricho" de ser mujer, tomando su problema por locura. Pero no por su fe se sintió más convencida por las reconvenciones de Apelas. El sacerdote trató de hacerla ver su error, indicándole que, si Dios la había hecho hombre y le había inculcado el deseo de la femineidad, tal vez se trataba de una prueba para su fe, de un sacrificio de salvación. Valeria escuchó incómoda los razonamientos del padre, pero no quiso atender sus razones. Se limitó a agradecerle su interés, pero no abandonó su mala vida ni sus sueños de ser mujer.

Apelas y Valeria se separaron. No eran amigos pero, al margen de la agria disputa televisiva, se puede decir que sentían un cierto afecto recíproco, más próximo a la admiración en Valeria y más cercano a la lástima en don Ceferino.

El travestido siguió con sus espectáculos y sus malas relaciones. Hasta que juntó el dinero suficiente con el que operarse. La intervención fue un éxito, aunque este último vino precedido de algunas complicaciones. A la intervención la sucedió una pequeña infección que hizo que la nueva Valeria -ya sin "colgajito"- pasase unos días en la cama del hospital. Casi nadie acudió a verla. No la visitaron personas de su familia, que la había repudiado al hacer públicas sus tendencias. Sólo fueron a verla algunas "compañeras" del club donde trabajaba y un par de periodistas en busca de noticias de la "diva del travestismo". Esos y el bueno de don Ceferino Apelas que, contrario a la intervención, se dejó llevar, no obstante, por la misericordia y quiso confortar a la convaleciente en esos primeros días.

Valeria se sintió tan agradecida que pidió confesión al padre y le prometió solemne y vanamente que abandonaría su vida de desenfreno por una nueva existencia tranquila y cristiana. Estaba dispuesta a cumplir la promesa, pero no fue capaz de hacerlo. Al salir, trató de buscar nuevo oficio, pero, merced a sus antecedentes, no le fue posible. Quiso buscar una pareja estable, unas relaciones normales, pero no las encontró. Sus amigos eran los mismos que antes de operarse y sus oportunidades se limitaban a proseguir su vida anterior. De modo que Valeria -sin "colgajito"- siguió trabajando en el club y ganándose el sustento con compañías poco aconsejables. La única

diferencia con respecto a su existencia anterior era que ahora ya no estaba satisfecha con su modo de vida y tampoco tenía la excusa de tener que costearse la operación. Al menos, mantuvo el contacto con Apelas, haciéndolo su confidente, confesor y consuelo.

Hasta que un día todo cambió. Fue a raíz de aquella terrible noticia: el padre Ceferino Apelas había muerto masacrado en una aldea de un remoto país africano a consecuencia de los disparos de unos salvajes -que se autodenominaban revolucionarios- al invadir la aldea en la que Apelas -visitando a algunos acólitos- ayudaba con sus propias manos a la misión que él mismo había venido costeando desde lejos.

La noticia de la muerte de Apelas fue todo un acontecimiento. En honor a la verdad, y por penoso que resulte, habría que decir que el fallecimiento se convirtió en un espectáculo, sorprendida portada de muchas revistas del corazón dispuestas a sacar jugo de la desgracia del curita televisivo.

Pero la muerte de Apelas no fue un hecho baladí. Ni fue trivializada por todas las personas. Muchos eran los que conocían sus buenas obras -y no precisamente por las noticias de la prensa de aquellos días- y lamentaron de corazón la pérdida. Entre las personas que más desoladas quedaron se puede contar a Valeria.

El travestido se enteró de la noticia a la mañana siguiente de una noche loca, de una noche de intercambio de favores por dinero. Valeria encendió el televisor y vio las imágenes del padre. Lloró la muerte y se sintió extrañamente sucia e impotente. ¿Por qué el Señor tenía siempre tanta prisa por llevarse consigo a sus mejores siervos? Valeria no podía entender y no quería aceptar. Pero lloró la muerte e hizo, de todo corazón, una de sus vehementes ofrendas: ahora cumpliría la palabra dada al amigo, al hermano del alma, a la única persona que se había preocupado por ella. Estaba dispuesta a abandonar su vida loca por una existencia decente y cristiana. Se lo debía a Apelas. Así que Valeria rezó a Nuestro Señor para que la diera fuerzas con que realizar tan ardua tarea. Y, en su exaltación, le pidió al hermano Apelas que la ayudase desde las alturas en las que -estaba segura de ello- ahora moraba. Le pidió fuerzas y aliento y le suplicó que, ya que no podía ser otra cosa, pudiera ser mujer. Que todos la aceptasen como mujer. No diferenciarse en nada de cualquier otra

mujer. Llegó incluso a pedirle a don Ceferino que, si intercedía por ella allá en las alturas, la hiciera mujer y le diera un hijo, el consuelo de su soledad.

Tras su oración, Valeria siguió llorando. No puso condiciones para su petición, que sabía una locura, pero sí que hizo una ofrenda: su castidad, su nueva honradez, su nueva fe se las dedicaba a él todas, a él y al Padre Celestial.

Pese a todo, sabiendo que su decisión era firme, Valeria se siguió sintiendo triste por Apelas y sucia por sí misma. Se sintió pecadora. Y había perdido para siempre a su salvador. O eso creía ella.

Valeria se bañó, tratando de limpiar su cuerpo y su conciencia. Logró lo primero, pero no lo segundo. Luego comió, aunque apenas si tenía apetito. Finalmente, se fue a la cama, dispuesta a echar una siesta, aunque no estaba segura de poder conciliar el sueño.

Sí que durmió. Lo hizo durante un par de horas y tuvo extraños sueños en los que veía a Apelas y a otros personajes a los que no conocía. Al despertar, recordaba vagamente una frase de don Ceferino: "Sea como deseas, hija mía". Valeria se despertó extrañamente en paz, como si ninguna de las dudas previas al sueño, como si ninguna de sus inquietudes, hubiera tenido existencia real. Valeria se sentía diferente, aunque no se veía distinta. Tenía la impresión de que era una nueva Valeria, como si todos sus errores le hubieran sido perdonados y tuviera una segunda oportunidad, una oportunidad que estaba dispuesta a aprovechar. Sin darse cuenta, exclamó un "gracias" en voz alta, dirigido a Apelas y al Padre. Aquella tarde, Valeria se confesó, asistió a misa y comulgó. La nueva Valeria quería romper con todo lo anterior y lo mejor era empezar cuanto antes. Fue al club y anunció que no volvería jamás. No hubo malas caras ni disputas con sus antiguos jefes, puesto que creían conocerla y daban por seguro que aquélla era una nueva -y pasajera- chaladura de la chica. Pero Valeria estaba segura de que no era así. La nueva Valeria sentía un nuevo espíritu alentando dentro de sí, una nueva fuerza. Estaba decidida a mantenerse firme en su decisión. Se lo debía a ella misma y al buen padre Apelas que -estaba segura de ello- la observaba desde el Cielo con ojos esperanzados.

El comienzo de su nueva vida no fue fácil. Tenía dinero, pero estaba segura de que sus escasos ahorros volarían bien pronto. Por eso

se dedicó enseguida a buscar trabajo. Pero encontrarlo no era fácil. Ella no tenía ningún oficio ni habilidades especiales y, para colmo, le bastaba con enseñar el carnet de identidad para verse rechazada inmediatamente. Para remate, además de ir perdiendo poco a poco la esperanza, aquellos días Valeria se sentía realmente mal. Le dolían la tripa y la cabeza y sentía náuseas acompañadas de mareos. Con todo, no estaba dispuesta a volver a su vida pasada; antes mendigar.

Valeria, preocupada, acudió al médico, el cual se tomó tan en serio sus síntomas que la mandó hacerse una serie de pruebas y análisis. Sólo que no se le ocurrió indicarle la única prueba apropiada. Los análisis no dieron ningún resultado, pero, igualmente, los síntomas se fueron suavizando hasta desaparecer. Al menos, podía olvidarse -o eso creía- de sus preocupaciones físicas. Pero el problema del trabajo seguía siendo importante. Por suerte, tenía su fe. Todos los días acudía a misa y oraba, hasta que en una ocasión se atrevió a confesarle sus problemas a un curita joven en busca de su apoyo y consejo. No era como Apelas. Al saber su condición de transexual, dio muestras de un cierto rechazo pero, no obstante, se comprometió a ayudarla y cumplió con su palabra: una semana más tarde le había proporcionado dos casas donde limpiar. No era su trabajo soñado, pero era una tarea digna y le daría un dinerito con el que subsistir. Como trabajaba a conciencia, poco a poco su clientela se incrementó, pasando a incluir la limpieza de las escaleras de un par de bloques de apartamentos.

No volvió a ir al médico, aunque se sentía bastante extraña. Notaba sensaciones desconocidas. Por ejemplo, el ya escaso vello de su cara se había suavizado y las areolas de sus pechos se habían vuelto extremadamente sensibles. Incluso tenía la impresión de que los demás también la veían distinta. Pensando que todo aquello no era más que aprensión, se dedicó a su trabajo y a ayudar en la iglesia para ocupar útilmente todo su tiempo.

Y así podría haber seguido Valeria durante varios meses más si no hubiera sido por el comentario casual de doña Gregoria, una ancianita medio inválida a la que le limpiaba la casa. A la buena señora no se le ocurrió otra cosa que decir que la veía más gordita. La última palabra fue pronunciada en un tono muy peculiar, con cierta ironía. Ante

las preguntas de Valeria, la anciana respondió vagamente que aquella barriguita tenía una forma especial, "una forma crecedera".

De primeras, Valeria no entendió la sugerencia, pero luego, tras meditarlo, tuvo la impresión de que la anciana pensaba que estaba embarazada. Como la cosa tenía mucha gracia, Valeria se tronchó de la risa en su casa al pensar en ello. No obstante, se puso ante el espejo y se quitó la blusa y el sostén. Hacía tiempo que no se observaba en el espejo. Seguía teniendo muy buen tipo. Probablemente mejor que antes. Pero era cierto que había engordado, lo cual se notaba, especialmente, en las redondeces que habían ocupado los huecos entre sus huesos. Y, evidentemente, también había echado un poquito de barriga, aunque no se notaba mucho.

No habría vuelto a hacer caso de la idea de la viejecilla si no hubiera sido por su tendencia a la hipocondría. Bastó con que otra persona -una mujer en la iglesia- le preguntara si estaba embarazada, diciendo que esas cosas las notan las mujeres, para que empezara a imaginar que algo se movía en su interior. Al menos, decidió que aquellos pinchazos en el vientre bien podían ser patadas -aunque en un embarazo normal aún faltarían unos meses para notar los movimientos y más aún los puntapiés-. El caso es que, pasados cinco meses desde su cambio de vida y tras la muerte de Apelas, Valeria se fue a la farmacia y compró un test del embarazo. No se atrevió a ir a su médico porque le daba demasiada vergüenza ponerse en ridículo ante él, que tan bien la conocía. Y el caso es que, con una mezcla de diversión y curiosidad, hizo la prueba y ¡resultó positiva!

Fue entonces cuando Valeria creyó enloquecer. Por una parte, pensó en la posibilidad del milagro. Todo parecía cuadrar: sus cambios de humor, sus cambios físicos, la oración -casi olvidada- en que pedía a Apelas que intercediera por ella ante el Altísimo. Pero, por otra, temía estarse volviendo loca, porque era imposible que ella, en cuyo carnet aún rezaba el nombre de José Rodríguez Masa, se hubiera convertido en mujer.

Repitió la prueba con igual resultado. Analizó minuciosamente su cuerpo buscando detalles diferenciadores que no estuvo segura de haber encontrado, aunque tenía la impresión de que sus genitales eran ligeramente distintos -de aspecto más natural-, así como sus senos, sus

curvas, su trasero, le parecían diferentes. No le quedó otro remedio que acudir a su médico, dispuesta a aceptar su diagnóstico, aunque incluyera la posibilidad de encerrarla en un psiquiátrico. Con más miedo que vergüenza, se confesó ante el doctor Martínez como si fuera un sacerdote y escuchó el veredicto. El médico se lo pensó. Valeria tuvo la sensación de que se obligó a ahogar una risita. No se pronunció en ningún sentido sino que, con la máxima seriedad de que pudo hacer gala, le dio fecha para que fuera a ver al ginecólogo. Posiblemente, prefería que fuera otro quien la mandara al psiquiatra. Al cabo, aquella loca no hacía daño a nadie.

Sin embargo, los razonamientos fallaron y la sorpresa se hizo mayúscula: el ginecólogo, después de una primera sesión de burlas con la enfermera a costa del transexual, hizo un examen del cuerpo de Valeria, hizo la prueba del embarazo y resultó que José Rodríguez Masa era una mujer con todas las de la ley y además estaba embarazada de cinco meses. No quiso darle tan pronto aquella imposible noticia a Valeria, de modo que dijo querer más pruebas: se le hizo un cariotipo -que resultó incluir la doble X femenina sin que nadie supiera donde había ido el cromosoma Y de José-, quiso hacer una ecografía y una amniocentesis -que determinaron que el embarazo estaba fuera de toda duda y que el vástago era un varón normal, sin anomalías cromosómicas-. Y como Valeria era una mujer en toda regla, no hubo más remedio que asumirlo -tras anunciar públicamente el asombroso caso- y solicitar que el Registro Civil corrigiera el "fallo" de la partida de nacimiento.

Ahí sí que empezó la nueva vida de Valeria. Pasó de la incredulidad a la mayor alegría de su vida. ¡El milagro se había efectuado! Era una mujer y estaba embarazada. Con su nuevo carnet, acudió a la iglesia y dio gracias a Dios y al padre Apelas por el cambio obrado en su cuerpo y por el retoño de su vientre. Incluso le hizo un regalo a doña Gregoria, por ser la primera persona que sugirió la buena nueva. No dejó de trabajar hasta que no pudo moverse. Y entonces tuvo la buena fortuna de que el párroco y algunas feligresas se ofrecieron a ayudarla, acogiéndola en la iglesia. Incluso se hizo una colecta para colaborar a favorecer a la embarazada.

Lo demás es la historia de mi vida. El parto fue un éxito. Se produjo de forma natural, tras las correspondientes contracciones, rotura de aguas y dilatación. No fue necesaria, por tanto, la cesárea, ni hubo que fabricar ningún orificio o canal que no existiera. Mi madre me llamó Ceferino en honor al padre y me cuidó con tanto esmero y dedicación que me puedo considerar afortunado. Crecí sin padre, pero rodeado de personas que me querían. Mi madre trabajó como una burra limpiando casas y fregando escaleras. Llevó una vida intachable, ayudando a todo el que se cruzaba en su camino. También adoptó, desde entonces, el que sería su nombre definitivo. Aunque nunca se casó, su amor tocó a todos los que se cruzaron en su camino. Por desgracia, ha muerto hace poco, pero su recuerdo es todavía un ejemplo de pureza que me esfuerzo en seguir. El hecho de que yo lleve hábito y ella no, no me convierte en mejor cristiano que esa santa mujer.

NI ella ni yo olvidamos nunca a don Ceferino Apelas. Más tarde, se vio que el suyo no había sido el único milagro del santo. Por eso ahora, en el momento en que se discute su canonización, debo hacer pública esta historia que, lejos de afectar a mi madre ya muerta, la engrandece.

He oído voces disonantes en la Iglesia que rechazan la canonización de Apelas precisamente por el milagro de Valeria Cañón. Recurren a argumentos manidos acerca de un concepto equivocado de pecado. Dicen que el travestismo es un pecado y que la transexualidad no es aceptada por la Iglesia. Dicen que aceptar el milagro de mi madre significaría justificar todo tipo de conductas sexuales escandalosas y el deseo injustificado de ir contra la naturaleza y la obra de Dios. Los hay incluso que, sin saber que hablan de mí, se refieren al resultado del milagro como una obra de Satán y no de Dios, como si yo fuera una especie de Anticristo, Dios no lo permita. Y yo, que no quiero polemizar ni quiero discutir sobre los dogmas, sólo diré que el fruto de la bondad y del amor a los hombres y al Altísimo, no puede ser el fruto del pecado sino el justo premio a las buenas obras y una vida de sacrificio. Por ello pido desde aquí que el padre Apelas suba a los altares por todos sus milagros y, en especial, por el de mi madre y mi asombroso nacimiento.

Juan Luis Monedero Rodrigo

A un censor anónimo

LADRÓN DE BICICLETAS

El miserable roba al miserable
y convierte su ilusión en una ruina.
Se desespera buscando su biciclo
pero sólo tropieza con desaires.
Una mujer y un niño, que dependen
del sueldo de ese padre antes parado
que renace a la vida
pegando sus carteles al ritmo de pedales,
vendieron todas las sábanas nuevas
para recuperar la bici y el trabajo,
pero un desconocido aprovechado
se la llevó dejándolo en miseria.
Sin bici no hay trabajo, se repite,
y remueve la tierra con el cielo,
su sólo resultado es la jaqueca.
Al cabo, triste el hijo y en cuclillas,
el padre se subleva contra todo.
¿No hay otras bicicletas?
Hagamos como el otro.
Se acerca temeroso y toma una.
Mas no está abandonada.
Las gentes lo persiguen y lo humillan.
Vergüenza más miseria: tiene todo.
Si alguna moraleja hay en la historia
es que la vida es dura, el mundo injusto.
Pero hay otro ladrón en esta escena:
la voz de aquel censor con contrapunto
de amor y de esperanza a la tristeza.
El autor reflejaba la impotencia,
la censura la cambia por torpeza,
por falso amor cristiano y estulticia.

Juan Luis Monedero Rodrigo

PRUEBAS DE APTITUD

Eso del destino es una mierda que se ha inventado no sé qué soplagaitas que no tenía nada mejor que hacer, o un tío que estaba tan acojonado pensando qué iba a ser de su vida que empezó a pensar que había algún gilipollas aburrido -el Gran Gilipollas- dirigiendo la vida de cada cual y moviendo los hilos. Supongo que para el acojonado al que le preocupa su futuro debe de ser muy tranquilizador esto de encontrarse de repente con la vida programada y solucionada. Pero a mí que no me vengan con esas zarandajas que yo tengo muy claro que aquí uno hace lo que puede o lo que le dejan. Si a moverse por donde uno encuentra su sitio le quieres llamar predestinación pues peor para ti.

Igual si yo tengo un gato y le llamo Destino, los ratones que el bicho se zampe pensarán que el Destino los esperaba al final de su vida. No es que quiera hacer un chiste malo, es que no sé cómo contar la historia que quiero empezar.

Si me he puesto a escribir una historia para los pesados de la revista no es porque me apetezca soltar un coñazo de charla filosófica sobre el futuro y el destino. No soy tan mamón como para largaros un cuento chino de ésos del Narcisito o el Grogrenko. Lo que pasa es que tengo una historia cojonuda que contaros. Bueno, no es cojonuda porque la historia sea la hostia sino, más bien, porque la historia tiene huevos. Los míos, por supuesto.

El caso es que mi viejo me colocó en un curro gracias a uno de sus superenchufes de la leche y el tal curro era una gozada. Podía dedicarme a tocarme los huevos o, lo que es mejor, a tocárselos a los demás. Lo malo es que el curro éste no duró mucho.

Ya he dicho que fue por enchufe, así que nadie me venga a preguntar qué títulos ni que hostias tenía yo para ser el director de contratación de personal de aquella empresa de mierda. Si os soy sincero, la verdad es que ni sé lo que fabricábamos, si es que fabricábamos algo. La empresa era de informática, vamos, una cosa de lo más normal. A mí me decían cual era el "perfil profesional" para cada puesto y yo tenía que leerme currículos y entrevistar a los pánfilos que se presentaban. Vamos, que la cosa no parece muy entretenida, ¿verdad? Pues el caso es que sí lo era, porque yo los títulos me los pasaba por el arco del triunfo y disfrutaba como un enano a costa de

los pringados que venían a pedir un trabajito. Digamos que para ellos yo era algo así como el gato para los pobres ratoncitos.

Cada día venían unos pringados diferentes, aunque casi todos se comportaban de un modo parecido. Lo difícil para mí era inventar nuevas chorradas con las que divertirme. La situación era diferente según los días, más que nada porque yo no quería aburrirme, pero el resultado era más o menos el mismo: el imbécil de turno hacía el ridículo, yo me lo pasaba bomba y el tipo se quedaba -salvo excepciones- sin el trabajo.

Por ejemplo, el primer día tenía que entrevistar a tres tíos que venían por un puesto de programador. Se suponía que yo me había leído los currículos y les iba a hacer una entrevista con sus preguntitas y demás y, quizá, hasta esperaban que yo les pasara un test de ésos con dibujitos, preguntas y gilipolleces de cultura general para demostrar lo listo que es uno. Es cierto que yo me leía los currículos y hasta me divertía pintando monigotes sobre la fotografía con la que venían acompañados. Me los leía porque era divertido ver lo que habían hecho aquellos mamones en su vida: que si cursos, que si masters, que si carrera, que si idiomas... y hasta punto de cruz si se lo hubieran pedido. Pero luego me olvidaba del currículum y hacía pasar a los aspirantes por pruebas que no se solían esperar. Aquel primer día yo no sabía muy bien lo que iba a hacer, pero tenía muy claro que no iban a ser entrevistas normales y corrientes. Como, aparte de pereza, lo único que tengo es mucha imaginación y bastante mala leche, fue sencillo idear sobre la marcha unas pruebas de aptitud bastante *sui generis* adaptadas a cada uno de los mamonazos.

Eran tres: dos tíos con cara de gilipollas -la misma que ya traían en la foto- y una tía callo que no valía ni para hacerla un favor, aunque de informática parecía que sabía un huevo. Como a mí me importaba un carajo lo que supieran o no, los hice pasar uno a uno y los trituré en mi despacho lentamente y con mucho sufrimiento por su parte. Mucha gente no sabe lo que se acojona casi todo el mundo delante de un jefe. Pues éstos estaban más acojonados que si ya tuvieran el trabajo y yo fuera su superior dándoles por culo.

No llegué a tanto, vamos, a darles por culo en sentido literal. Pero sí que debí de dejarlos bastante jodidos. Al primero me puse a

preguntarle por su vida privada. Con toda confianza le sonsaqué que tenía novia y el tío hasta me enseñó la foto. Como le dije que a la empresa le interesaba tanto la vida de sus empleados que sólo sería contratado si se mostraba del todo sincero, acabó contándome su vida y estoy seguro de que, si se lo hubiera pedido, me habría dicho qué tal follaba su novia o cuales eran sus fantasías sexuales. Cuando el tío se fue estaba contentísimo, seguro de que el trabajo era suyo. Lo que no sabía el mozo es que con sus historias retoqué su mierda de currículum y se lo mandé, vía Internet, a unas cuantas empresas para que se rieran de él y de sus traumas infantiles y familiares. Una putada, ¿verdad que sí?

Al segundo le puse cara de mala hostia desde el principio, así que, nada más entrar, parecía que se iba a cagar la pata abajo. Me puse a hablarle de política o algo parecido. Primero le hice entender que yo era una fachorro y le comenté mis ideas fascistoides y racistas. Y el tío, para quedar bien, a todo me daba el parabién. De manera que, tras unos minutos de tanteo, cambié el rollo y le dije que le había mentido y que era un comunista convencido, de los de la vieja escuela. Debió de pensarse que me refería a la de Stalin, porque el tío, en plena descomposición mental e intestinal, volvió a decirme que estaba de acuerdo conmigo en todo. Sólo que, entonces, yo me puse en plan indignado y le hice saber que con las ideologías no se jugaba y que no soportaba a los chaqueteros. Así que, como ya estaba aburrido del pelotilla aquel, le di puerta y dije a la señorita que pasase.

Ya en vena ideológica, a esta la abordé por lo místico y religioso. Me hice pasar por beato y traté de sonsacarle a la tía si era o no religiosa. La pava esta parecía mosqueada, pero no se atrevió a replicarme, aunque tampoco soltó prenda. Para mí que era atea o monja. Como la moza esta no decía ni mu y parecía impaciente, decidí pasar a la acción. Me dio la impresión de que la tía, visto lo visto, ya no quería el trabajo, así que le facilité la espantada intentando meterle mano mientras le largaba mi sermón moralizante. La guarra se asustó. Lo mismo se pensaba que me lo iba a hacer con ella. Se puso roja como un tomate pero no levantó la voz ni me largó una bofetada. Muy digna, dijo que se iba. Y se fue, sin más.

Como había que cubrir el puesto, en días sucesivos hice más entrevistas y con cada cual me comporté según se me ocurría y me apetecía. A uno lo tuve corriendo alrededor de la mesa y haciendo flexiones y abdominales para demostrarme que era de los de *mens sana in corpore sano*. Con otro me hice el maricón y se me puso colorado como un tomate pero aguantó impertérrito mis insinuaciones, firme en la esperanza de conseguir el puesto a cualquier precio. Hubo algunos, eso sí, que me soltaron cuatro frescas y se largaron tan campantes, ¡ole sus huevos! Con esos hasta me habría tomado unas copas y, a lo mejor, hasta los habría contratado si la empresa fuera mía. Pero abundaban más los que se acojonaban y tragaban con todo. Hubo uno, por ejemplo, que para mí que era maricón o poco menos, porque a la menor sugerencia mía pareció dispuesto a bajarse -literalmente- los pantalones para hacerme un favorcito. Hubo otra tía, bastante macizorra, que aguantó durante media hora mis piropos babosos y hasta alguna que otra propuesta indecente hasta que le dije que el trabajo sería suyo si me hacía un trabajito. No hizo falta que le dijera cuál. Se ve que el comentario le hizo recordar lo que era la dignidad y la tía se marchó después de largarme un sopapo de no te menees.

Pero, como no todas eran tan virtuosas, acabó por llegar una tía guarra de lo más vistosa con la que mantuve una interesante entrevista sobre la mesa durante la cual comprobé sus virtudes para el trabajo. Como ya iba siendo hora de colocar a alguien y correspondía pasar a otras entrevistas, le di el trabajo a la pibita esta y pasé a otra cosa.

Lo malo fue que la tronca esta, que era muy hábil para ciertos "trabajitos", resultó ser una inútil de cuidado para el curro y los jefes la echaron. Los jefes me dieron un toque de atención sin saber qué cualidades había visto yo en la moza. Pero la tía esta no se calló y, cuando le dieron el finiquito, hizo un relato pormenorizado de nuestra entrevista y los jefes, más acojonados que toda la leche, la volvieron a contratar y a mí me dieron puerta. Supongo que, si no hubiera sido por mi padre, hasta me habrían denunciado. Pero el caso es que no lo hicieron, aunque yo me quedé sin trabajo y diversión. Conque, a otra cosa, mariposa.

Y eso es todo. Se ve que no era mi destino el de permanecer en aquella empresa velando por los intereses de los jefes. Bueno, pues, coñas aparte, hasta la próxima.

Sergi Lipodias

TAN PESADO

Azúcar en tus labios,
niebla en mis ojos,
sólo quiero rozarlos,
y no los toco.
Centellas en tus ojos,
miel en tu boca,
me acerco a ti goloso
como la mosca.
No te vayas ahora
tan de mi lado,
no quiero ser tu mosca
de tan pesado.

Juan Luis Monedero

LA MÁQUINA DE PREDECIR EL FUTURO

-Pero a ver, ¿quién te ha dicho a ti que la máquina no funciona? -pronunció uno de los jóvenes con tono ofendido; el otro no se molestó en replicar-. Pues sí que funciona, ya ves. Te diré: la inventó mi padre. Como para no saberlo.

-Pues, entonces, ¿por qué nadie la usa? -increpó el otro, demostrando lo poco que lo amedrentaban las palabras del primero.

-Eso es cierto. Pero se trata de una historia que no tiene que ver con el mal funcionamiento de la máquina. Verás...

Y el joven comenzó su relato:

La idea era que, para predecir el futuro, lo esencial era diseñar una computadora que analizase todos los datos del problema para determinar su solución. Esencialmente ése es el cometido de cualquier computadora. La diferencia, en este caso, residía en el problema planteado y la potencia de la máquina, tremenda, por supuesto.

La idea era que si se daba a una computadora toda la información y antecedentes de una situación, ella, merced al programa adecuado, sería capaz de establecer la conexión lógica con el futuro más probable. Cuantos más antecedentes y detalles de la situación, tanto más fiable sería el pronóstico. La teoría era sencilla. Pero se necesitaron años de trabajo y cientos de colaboradores para desarrollar su fase práctica.

Mi padre fue uno de los programadores. Y estuvo presente el día de la prueba definitiva. Se le dieron a la máquina cientos de datos sobre el problema y, tras una espera de tan sólo dos minutos, dio la solución. ¡Y acertó!, como se pudo comprobar algo después.

Lo que ocurrió fue que el problema era muy sencillo. La máquina debía determinar cuánto tardaría en llegar al laboratorio uno de los ingenieros que se hallaba retenido por un importante atasco en la autopista. Fueron los datos del atasco, la información de la Dirección de Tráfico, del itinerario, del conductor, del modelo de automóvil, los que se le proporcionaron a la computadora y dio su respuesta en sólo ciento veinte segundos. Al cabo de treinta y un minutos, el ingeniero estaba entrando a la sala de pruebas. El error de la predicción había sido de tan sólo un minuto, lo cual no parecía estar nada mal.

Y claro, la noticia del éxito se filtró a la prensa y enseguida saltó el bombazo: "¡Se puede predecir el futuro!", dijeron los titulares.

Lo malo fue que las pruebas continuaron y pronto quedó claro que la cosa no era tan sencilla. Cuanto más se complicaba el problema, cuanto más lejana era la predicción y cuantos más datos se proporcionaban, más tardaba la computadora en realizar su análisis. Y con pocos datos y, por tanto, menos tiempo de proceso, la predicción resultaba con mucho mayor error. Tan era así que, cuando se le daban los datos esenciales, se limitaba a plantear posibilidades que cualquier ser humano con dos dedos de frente sería capaz de hacer por simple intuición. El formato de la predicción, claro está, era diferente. Si un hombre, en su caso, habría dicho que lo mismo podía llover que no, la máquina decía que la probabilidad de lluvia en las próximas horas era de un 45% con un error del 10% y la de que no lloviera del 55% con error del 12%. Vamos, una porquería de predicción.

A más datos, mejor predicción. Pero si uno quería una predicción fiable a medio plazo de un asunto trascendente, tenía que pasarse horas o días recabando toda la información para, a continuación, dársela al ordenador y esperar a que la procesase y emitiese su veredicto. Y ahí estaba el problema. Porque, si la cuestión era compleja, lo mismo tardaba una semana en obtener su predicción con los correspondientes márgenes de error. Como a más largo plazo más tiempo de proceso, resultó que para cuestiones importantes –digamos, quién va a ganar este año la Liga o si la película de moda va a tener más éxito que la última del mismo director- el tiempo de procesamiento sobrepasaba al plazo de la predicción. Vamos, que si se quería saber el resultado de las elecciones del mes que viene, la máquina daba su predicción dos o tres meses más tarde, con lo cual lo que predecía era el pasado. Y encima podía equivocarse, porque siempre había un margen de error atribuible a las diversas variables. Con lo cual, al cabo, predecía el pasado y a veces lo hacía mal. Desde luego acertaba, pero de poco servía saber a posteriori lo que había sucedido el mes pasado o el año pasado cuando la información histórica era mucho más veraz y precisa que la premonición de la máquina.

De modo que, tras la expectación que se levantó, la gente , al enterarse de la realidad, decidió que la máquina de predecir el futuro era un fiasco como oráculo y nunca se volvió a hablar de ella, aunque se sigue trabajando en el proyecto. A ver si con más velocidad de proceso o para alguna predicción sencilla útil puede servir. Pero la máquina funcionaba. ¿O no?

Con esta pregunta retórica, terminó el relato y el amigo pudo opinar.

-Ya. Un fiasco, vamos -replicó el amigo con desidia, como queriendo dejar el tema.

-Bueno, pues supongo que, en el fondo, tienes razón -admitió el hijo del programador.

Y no hubo más que hablar del asunto.

Juan Luis Monedero Rodrigo

SUMARÍSIMO

La explosión fue la hostia. Los coches saltaron por los aires y la fachada del edificio quedó derruida. Los ocupantes de los coches murieron, evidentemente. Y sólo se supo la identidad exacta de los despojos después de analizar cada partícula en el laboratorio. La operación, desde el punto de vista de Ildefonso, había sido un completo éxito. Además, ninguno de los hermanos de la Liga por la Libertad del Pueblo Oprimido había sido detenido. Poco habría importado caer en manos del enemigo, pero el éxito era mayor si el ejército lograba sus victorias sin bajas. Ahora tocaba esconderse y eso fue, precisamente, lo que hizo Ildefonso, sin despedirse siquiera de sus dos colegas del comando.

"Libertad o caos, hermanos", les dijo mentalmente, dibujando, igualmente, en su imaginación el símbolo de reconocimiento con las dos manos unidas bajo la barbilla.

Varios días después, Ildefonso seguía en su casa. Aparentaba llevar una vida por completo normal. No iba a trabajar, pues no tenía ocupación al margen de La Misión, pero procuraba pasar desapercibido para sus vecinos.

No había contactado con el comandante. Era demasiado pronto para ello. Así que, por el momento, se conformaba con informarse a través de los periódicos y la televisión del enemigo.

El golpe fue magnífico. Once muertos, incluidos dos altos mandos del ejército. En la tele sacaron imágenes del entierro y del duelo de las desconsoladas viudas con sus pobres hijos ahora huérfanos de padre. "Libertad o caos, hermanos", volvió a decir Ildefonso ante el televisor, acompañando el comentario con una mueca sardónica que aparentaba ser una sonrisa. El Presidente y los ministros del enemigo habían transmitido sus condolencias a las víctimas y habían dicho al pueblo que no cederían al "vil chantaje de los terroristas". Ildefonso, al oír aquellas hipócritas palabras, pensó en lo fácilmente que el enemigo tergiversaba las palabras, convirtiendo a los luchadores por la libertad en enemigos del pueblo.

Durante unos días, las informaciones sobre el atentado se sucedieron pero, poco a poco, las aguas volvieron a su cauce. Era

increíble lo fácilmente que la gente se olvidaba de sus ataques. Pero eso no desanimaba a los miembros de la Liga. Antes bien los incitaba a proseguir para vencer al Sistema. Pronto se iniciaría una nueva misión, pero aún no era tiempo de reagruparse. Había que esperar un poco más. Luego, una semana más tarde, se reunirían en el Punto de Encuentro con el comandante.

Hasta que llegó el día clave. En principio, no tenía por qué haber sido un día especial. Ildefonso, por la mañana, se levantó presa de una sensación extraña. Lo invadía una congoja inexplicable que achacó al intranquilo sueño de la noche. No era mala conciencia; se trataba de simple insomnio. Pero cuando, al mediodía, encendió el televisor para informarse de las noticias, achacó aquel nerviosismo matutino a una especie de pálpito, una premonición.

En el noticiario se hacía nueva referencia a lo que llamaban el "crimen". Uno de los heridos graves había muerto, con lo que las víctimas ascendían a doce. Aquello hizo que Ildefonso exhibiera ante la pantalla el puño cerrado en gesto de victoria. Pero la siguiente imagen, junto con el pertinente comentario, lo dejó petrificado.

Según dijeron, ya sabían cuál era la identidad de los miembros del comando que ejecutaron la acción. Seguidamente mostraron varias fotografías. Estaban en lo cierto. Se trataba de todos los miembros del grupo, incluido el propio comandante. Sólo faltaba él mismo, lo cual era extraño, en cierto modo, puesto que a él sí lo tenía fichado la policía. Aún no los habían capturado, dijo el locutor, pero en breve estarían todos presos. Y, seguidamente, llegó lo increíble. En la pantalla apareció su propia imagen. Eso significaba que sí que lo tenían identificado y lo relacionaban con la misión. Pero, ¿qué decía el presentador? De aquella boca comenzaron a brotar mentiras a las cuales acompañaron imágenes igualmente falsas. Se señalaba al personaje de la foto -Ildefonso- como el miembro arrepentido -¿arrepentido?- del comando que había proporcionado a la policía la información sobre los autores del crimen y la del paradero de todos sus compañeros. La imagen estaba trucada, pero el montaje no se notaba. Maravillas de la técnica. Ildefonso se preguntó a quién se le habría podido ocurrir aquella idea tan retorcida cuyo único objeto era -bien claro estaba- sembrar el desconcierto entre los miembros de la

organización. Ildefonso, por un momento, sintió pánico. Luego recapacitó. Sus compañeros no podían dudar de él tan fácilmente. Tenía que comunicarse con el comandante o con alguno de sus compañeros, tratar de avisarlos, de exculparse, de descubrir el engaño, de ayudarlos si eso era posible, o de pedir la ayuda de otros compañeros.

Tomó el teléfono y lo intentó. Sin resultado. Las líneas estaban todas muertas. Probó con todos los teléfonos de contacto, incluso llamó fuera del país. Nadie respondió a sus llamadas. ¿Estaría pinchado su teléfono?

El miedo volvió. Ante todo, miedo a ser detenido. Miedo también, por qué ocultarlo, a ser confundido por sus compañeros con el traidor que habían inventado en el noticiario. Un sudor frío le hizo temblar. Sonó el timbre de la puerta. El sudor se le heló en la piel. Se acercó con cuidado, tenso. ¿Sería la policía? No se le ocurrió tomar la pistola. Ni siquiera la llevaba en el bolsillo. No quería dar pie a las sospechas. El timbre sonó de nuevo. Ildefonso llegó sigiloso a la puerta y observó por la mirilla. ¡Era el comandante! Ildefonso emitió un silbido de alivio y abrió la puerta. Al menos, alguien de los suyos estaba a salvo. Alguien podría escuchar la verdad de la historia.

Ya sin ningún temor, abrió la puerta.

El comandante estaba muy serio. Entró y cerró la puerta en silencio. Miró a Ildefonso de arriba a abajo con un gesto extraño en la cara. ¿Odio?, se preguntó el otro terrorista.

-Han cogido a los demás -anunció como si fuera, por otra parte, una noticia sabida-. Supongo que a mí también me estarán siguiendo la pista.

Ildefonso tragó saliva. Notó como los pelos del cuello se le erizaban. El miedo había regresado multiplicado por ciento. Quería hablar, replicar, justificarse. Pero supo inmediatamente que sería inútil. El comandante ya había extraído del cinturón la pistola con silenciador y dirigía el cañón hacia la cabeza del subordinado.

-Muere, traidor -dijo y apretó el gatillo.

Ildefonso cayó al suelo sin ruido, casi blandamente. Sólo tardó una décima de segundo en morir. Pero fue tiempo suficiente para que un pensamiento cruzara fugaz su mente. Aquel disparo le había hecho comprender que las Verdades Absolutas no existían, y aquéllas en las

que siempre había creído no eran tan buenas y fiables como para entregarles la vida propia y las de otros que no compartían su ideario.

El comandante huyó. Pero no tardó mucho en ser atrapado por la policía. Su táctica había dado resultado. Una vez capturados todos los integrantes del grupo menos su líder y uno de los pistoleros, bastó con sembrar la cizaña entre ellos para que la pista surgiera de nuevo. Uno de los terroristas había muerto a manos del otro, pero los planes rara vez resultan perfectos.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA RELIGIÓN DE LOS BRLAO

En cada número me digo lo mismo: que no voy a participar en el siguiente. Me digo que no merece la pena escribir en esta revista para unos zoquetes como los que la sacan y menos teniendo en cuenta la clase de colaboradores machistas y cebollinos que escriben en ella (que conste que no lo digo sólo por mi "querido hermanito"). Pero, al final, siempre vuelvo con otro artículo. Supongo que es porque, de algún modo, confío en que algún lector sabrá encontrar sentido a mis palabras.

Puesta a escribir, se me ocurrió que, para este número, nada más adecuado que relatar la historia de una etnia casi desconocida que habita en las altas montañas del Karacorum: los brlao. No sabría decir -como no han sabido determinar otros antropólogos- si los brlao son tibetanos, chinos o indios, pues en ellos todos los caracteres se encuentran bastante mezclados y confundidos. Se diría que no son demasiado peculiares ni constituyen una raza particular y, sin embargo, ¡qué engañosas resultan las apariencias!

Porque el caso es que los brlao poseen una rica tradición cultural y un modo de vida -comprendiendo en este concepto tanto las costumbres como el carácter o la misma actitud ante la existencia- de lo más característico. Y apropiado, creo yo, para el tema de este número: el azar y la necesidad.

Y es que resulta que los brlao basan toda su vida en sus firmes creencias religiosas, las cuales constituyen su más rico y peculiar patrimonio.

He dicho firmes y, cuando relate cuál es su fe, muchos de los lectores pensarán que nada hay más variable que la religión de este pueblo alegre y bullicioso. Y, sin embargo, me reafirmo en mis palabras: no existe creencia más firme que la fe de los brlao.

¿Cuál es esa fe a la que me refiero? Bien, podría decirse que los brlao son animistas. Sin ser una falsedad, no sería del todo correcto. También podría afirmarse que son politeístas lo cual, nuevamente, es una verdad a medias. Y hasta se podría señalar que practican algún tipo de monoteísmo, lo cual sería más acertado que cualquiera de las aseveraciones anteriores. ¿Cómo es posible?, se preguntarán los lectores. Es fácil de comprender. Con casi absoluta seguridad, la religión brlao fue, en sus remotos orígenes, claramente animista. Los brlao tienen por dioses a seres que representan, de un modo más o menos difuso, a las fuerzas de la naturaleza. Su Gusián simboliza el viento, Volpiatei las tormentas, Celauot es el Sol y Antagarypanmi la Luna. No seguiré con más nombres, pues la lista es poco menos que interminable. Incluso se afirma que, de vez en cuando, nuevos dioses son creados por el pueblo. Pero la religión no se quedó en ese punto, puesto que los dioses fueron identificados con una personalidad que bien podría llamarse humana. De hecho, cada uno de los dioses simboliza un carácter y, ante todo, muestra una cierta debilidad. Puesto que hay tantos dioses, podríamos pensar que los brlao son politeístas, pero no es así puesto que, en realidad, cada creyente sólo lo es de un dios al que se encomienda con fe ciega y absoluta. Esto no quiere decir que la fe de los brlao por su dios sea eterna, como acostumbra a suceder en las tres religiones semíticas del occidente.

Me explicaré:

Los brlao rezan únicamente a un dios. Pero los brlao no rezan al modo occidental. El dios no es un personaje ultraterreno al que hay que suplicar el favor a cambio de la fe. El dios no está por encima del hombre sino, muy al contrario, se halla bajo sus pies. De hecho, los brlao piensan que los dioses viven físicamente en la Tierra. Son seres reales que habitan el subsuelo. De ahí que las oraciones, normalmente,

se pronuncien con los ojos fijos en el suelo, la mirada en los pies propios. Y no es esto lo más curioso de su fe. Porque habría que escuchar el tono de las plegarias para hacerse idea de cuál es el sentimiento al que los brlao denominan religioso. No voy a describir sus oraciones. Baste decir que nada tienen de verdaderas plegarias pues nunca se pide sino que, y ahí está la originalidad de su religión, los brlao se limitan a exigir a su dios que interceda a su favor, dando por sentado que tal es el papel al que están obligados los dioses con respecto al ser humano.

Creo que resultará más comprensible la actitud de los brlao si me entretengo, brevemente, en describir cómo entienden los brlao la fe y qué entidad confieren a los dioses.

Los dioses están para ellos supeditados a la voluntad de los hombres. No es que sea su obligación obedecer las peticiones de los feligreses. No es su obligación, pero no les queda otro remedio que interceder por ellos y hacer todo lo posible por favorecerlos. Porque, según la mentalidad de los brlao, el poder de los dioses, su entidad misma, están directamente relacionados con el número de fieles de cada uno de ellos. El dios por sí mismo no es nada ni nadie. El razonamiento tiene cierta lógica para los brlao pues, si el dios está solo, si nadie cree en él, tampoco nadie tendrá la seguridad de su existencia, ni siquiera él mismo. Para los brlao, un dios sin creyentes se convierte en un ser minúsculo, ínfimo y deleznable. Por eso se creen con derecho a exigir. Porque los dioses sólo existen mientras alguien les reza, mientras alguien los hace reales en su mente. Aquel dios con más fieles será, por tanto, el más poderoso y de ese poder puede depender en cada momento su capacidad para resolver problemas, para, digamos, realizar el milagro correspondiente. Por eso los dioses se ven en la necesidad de servir a los hombres.

De ahí la posición prepotente de los brlao. Cada uno de ellos confía en un dios. Cree realmente en él. Cada uno de sus problemas, cada uno de sus cuidados los pone en manos del dios. Y el dios, según ellos, se esfuerza por resolver sus asuntos. Pero el poder es variable. Nunca es, desde luego, absoluto. De modo que, tarde o temprano, es frecuente que el dios se vea impotente para obrar un milagro, pequeño o grande. A veces, los brlao son tolerantes pero, con seguridad, llegará

el instante en el que nuestro hombre o mujer se sienta de veras ofendido, traicionado por su dios y con derecho a tomarse la justicia por su mano, es decir, con derecho a cambiar de dios, para castigar el fallo del anterior.

Este modo de pensar tiene innegables ventajas. Claro que, en ocasiones, la misma ventaja se convierte en innegable inconveniente. Así, para un brlao la responsabilidad no existe. Siempre se puede echar la culpa al dios perezoso o incompetente. Pero, claro está, eso implica que un brlao nunca asume sus aciertos o errores. Quizá esto justifique la escasa sofisticación de otras facetas de la cultura brlao.

Por lo demás, los brlao son gente normal. De hecho, la religión no supone para ellos una base ética o moral sobre la que construir sus relaciones. En todo caso, a un extranjero recién llegado a alguno de sus poblados lo que más le sorprende son algunas de las expresiones típicas de los brlao. Tienen casi infinitas maldiciones; una o varias para cada uno de los dioses, de las cuales sólo emplean aquellas ofensivas para el dios que los acaba de fallar. Está claro que, con el tiempo, la mayoría de los brlao acaban por recorrer todo el panteón en su peregrinar a la busca del dios perfecto. Y no es raro que, en ocasiones, uno de los viejos dioses recupere sus simpatías. En todo caso, hay dioses que adquieren cierta fama, así como aldeanos notorios por su fe. Así, no es raro escuchar expresiones como "eres más pobre que Gudstast", donde el nombre se refiere al dios del frío al que, por tradición, ya nadie reza; o de otra índole como "duran más que la fe de Bandatau", expresión empleada al hablar de matrimonios felices y referida a un personaje mitológico de quien se decía que fue fiel al mismo dios -Peitigai, dios del rocío matutino- durante toda su vida, o "es más breve que la fe de Iluián", de quien se decía que al cabo del día rezaba a todos los dioses.

Bueno, supongo que podría extenderme mucho más hablando sobre los brlao y sus peculiaridades, pero creo que, como muestra, basta con lo dicho. Si alguien quiere más información sobre este pueblo, puede consultar la bibliografía, o esperar a que, en algún momento, me decida a publicar una monografía que amplíe los datos expuestos.

Tan sólo una puntualización más: tengo la firme convicción de que la relación de los brlao con sus dioses es más placentera que la

nuestra con un dios al que se debe suplicar a cambio de su dudosa condescendencia.

Euforia de Lego

CARTAS AL DIRECTOR FANTASMA
(si existe, ha de ser un personaje etéreo)

VERDADES DE LA VIDENCIA

Una sola intención me anima a escribir esta carta. Tengo la seguridad de que, en cuanto que se habla del destino, en esta revista se tratarán de dejar en mal lugar todas las mancias que pretenden vislumbrar ese futuro que a todos nos aguarda. Quiero evitar malos entendidos con mi carta y, de paso, arrojar luz sobre estos temas en los que tanto abundan el intrusismo y la ignorancia, incluso entre los "profesionales" del ramo.

Que el destino existe no se puede negar. Que la videncia es una ciencia tampoco. Que muchos confunden de mala manera los principios en los que se basa, también es bien cierto.

Mi especialidad son las cartas astrales y los horóscopos. De otras prácticas de videncia -cartomancia, quiromancia, viajes astrales- no entiendo, aunque tengo algunos buenos amigos que las practican con auténtica profesionalidad. Pero me voy a limitar a mi campo para demostrar con pruebas y razonamientos la realidad que se oculta tras los movimientos de los astros, simple excusa tras la cual los ignorantes escudan la interpretación del futuro a través del horóscopo.

He oído a muchos que se llaman científicos rechazar de mala manera la astrología, esforzándose en dejar bien claro que la astrología no es una ciencia ni tiene parentesco alguno con la astronomía. Siento discrepar con ellos y me gustaría poderlos convencer de que están equivocados. Como en muchas ocasiones los oigo discutir con otros que se autoproclaman "expertos" en la ciencia de la astrología y he podido comprobar que, las más de las veces, estos supuestos astrólogos salen escaldados de sus discusiones con los "científicos", me siento en el deber de dejar bien claro cuál es el fundamento de la astrología como ciencia.

Que quede bien claro lo que yo entiendo por ciencia. Se trata del saber, la simple consecución de conocimiento, sea a través del tan famoso método científico de los "sabios" de nuestro tiempo, por medio de la razón o situándose en un plano superior de existencia como hacen algunos místicos y verdaderos videntes.

Como mi ciencia tiene poco de mágica y sí mucho de mecánica y geometría, no voy a pretender que la astrología basa sus ideas en la mística. Aunque tampoco, me temo, en el razonamiento. No quisiera soliviantar los ánimos de los "científicos" que pudieran leer este artículo, pero he de confesarles que, aunque el origen remoto de la astrología se pierde en las brumas de, quizá, la Edad de Piedra, tengo la cierta sospecha de que el saber acumulado por mi ciencia se basa en la observación y la comprobación, ambas herramientas de "su" querido método científico.

Me provoca cierta risa la tan frecuente argumentación de los físicos y astrónomos que rechazan la verdad de la astrología basándose en el trivial criterio de que ninguna de las fuerzas conocidas actúa de forma tangible desde las lejanas estrellas con influjo suficiente como para alterar los ánimos de los mortales ni menos aún su futuro. Me causa risa y lástima. Porque estos "científicos" se creen en posesión de la verdad y, lo que es más triste, convencen con sus vacíos argumentos a mucha gente a la par que dejan en ridículo -merecidamente, creo yo- a algún incauto astrólogo aficionado -e ignorante en astrología por añadidura- que se atreve a contradecirlos con argumentos estúpidos y envueltos de mitología.

Es muy frecuente en los hombres el confundir causas y efectos. También la forma y el contenido. De estos errores cabe culpar, esencialmente, a la ignorancia, así como a cierta cerrazón ante todo lo que no nos molestamos en comprobar. Para el científico que niega al espíritu y al dios es fácil reducirlo todo a materia, energía y azar. Por el contrario, abundan los pazguatos que piensan que pueden defender sus argumentos en favor de la astrología reduciéndolos a la mística de las fuerzas desconocidas, concediendo, de paso, a los planetas y constelaciones unas propiedades que no les cuadran y que, por añadidura, son difíciles -si no imposibles- de explicar.

Yo, por mi parte, a las pruebas me remito:

Es bien cierto que los orígenes de la astrología se remontan a la noche de los tiempos. Puedo imaginarme al sacerdote de la tribu elaborando rudimentarios calendarios y, de paso, vislumbrando cierto ritmo en las estrellas y algún pálido reflejo de ese ritmo en las vidas de los humanos. Puedo imaginar a meticulosos sacerdotes y escribas de la vieja Babilonia -y aun antes de Ur, Sumer o Lagash- contabilizando los días y los movimientos de cada astro, buscando signos de sus divinidades en el cielo y descubriendo -al cabo de siglos de minuciosa observación- las pautas celestes que marcan los ciclos humanos. Y aquí nace la astrología, adornada, por desgracia según es mi opinión, de ciertos tintes mágicos y sobrenaturales.

Diré ahora que la interpretación de la astrología como manifestación de la divinidad o de un mundo del más allá es pura especulación pues, como ya dije antes, las leyes de la astrología son simples leyes mecánicas, defendibles, por tanto, por esos científicos mecanicistas que tan alegremente se lanzan a derribar el firme edificio de la astrología.

La astrología es mecánica y sus predicciones las dicta la geometría. No es necesario ningún oscuro poder o facultad preternatural para ejercer tan noble ciencia. Dije remitirme a las pruebas y todavía no he dado las razones que justifican la pervivencia de la astrología durante milenios. Dirán los científicos que tal pervivencia se basa, sola y exclusivamente, en el deseo irracional de los hombres de poder asir, en cierto modo, su futuro. Y yo les digo que se equivocan. Que la gente puede ser inocente pero no estúpida. Que pueden confundirse -bien lo admito- y pensar que la astrología determina su futuro sin lugar a las dudas. Pero que eso no significa que la astrología sea falsa. Una falsedad no puede mantenerse durante milenios -salvo algunas religiones- sin ser puesta a continua prueba. Pues la astrología es probadamente eficiente en sus predicciones y fueron, precisamente, las pruebas, las observaciones sistemáticas y continuadas las que llevaron a determinar laboriosamente sus leyes.

He dicho leyes, no recetas mágicas. Porque la mística no es necesaria para justificar la astrología. Que los planetas se mueven, al igual que todo el firmamento, es un hecho. También nos movemos nosotros, claro está, y es bien cierto que la Tierra no es el centro del

Universo ni ocupa lugar preeminente en él. De ningún modo. La Tierra es una partícula cósmica y cada hombre un simple átomo de esa inmensidad. Pese a todo, los hombres, y muchos astrólogos entre ellos, siempre han querido otorgar al género humano algún tipo de situación privilegiada. Han pensado en unos dioses, o un Dios único, que regía sus destinos y que, por amor, odio o simple diversión jugaba con él desde los cielos. Esta es la razón de que muchos astrólogos, herederos de las formas griegas -sucesoras, a su vez, de las caldeas y babilonias-, confundan las verdades astrológicas en el confuso galimatías de su mitología, tomando del nombre de los planetas y constelaciones el fondo de sus predicciones. Sin embargo, las leyes no requieren de tales excusas. Poco importa para demostrar la verdad de la astrología que la Tierra no sea centro de ninguna unidad astronómica superior o que el hombre sea una insignificancia cósmica. Aún me atrevería a decir que podría haber astrología sin Dios, aunque esto podría ofender a muchos astrólogos que se llaman a sí mismos "expertos" y "puristas".

Personalmente, yo sí creo que hay un Dios. Prefiero pensar en Él al modo masónico; como el Gran Arquitecto. He comprobado que una idea semejante anida en la mente de algunos racionalistas y científicos, lo que demuestra que no estoy tan lejos de su modo de pensar. Y creo que el Gran Hacedor diseñó este Universo complejo y maravilloso y en él puso las leyes que lo gobiernan. Las leyes que mueven los planetas y galaxias. Las leyes que rigen los átomos y los fotones. Las leyes que rigen la vida. Las leyes que gobiernan el destino del hombre. De modo que el hombre no tiene su destino predeterminado porque sea hombre sino por formar parte del Universo. E, igual que en el Universo hay ciclos y movimientos predecibles, así son predecibles las vidas de los hombres. Y es que creo que el Arquitecto de este mundo no pudo hacernos libres ni pudo hacernos tan diferentes como nos creemos. Fabricó este hermoso Universo con base en algún complejo algoritmo que no podemos aspirar a comprender, aunque sí podemos alcanzar a vislumbrar sus efectos. Porque Él sólo se limitó a diseñar un enorme reloj, una compleja máquina en la que hasta los más pequeños componentes están perfectamente engrasados y realizan su simple función sin apenas error. Todo lo cual conduce a que podemos ver en los movimientos del cielo un reflejo de los complejos ritmos de la Gran

Máquina. Una máquina que obliga a cada componente a mantenerse en su lugar, aunque con una cierta movilidad, mientras tal movilidad no desajuste del todo el mecanismo. Y resulta que nuestro papel en la maquinaria también está reflejado en los amplios movimientos celestes. Los movimientos estelares nada significan y en nada influyen sobre nosotros. Pero el astrólogo extrae de su observación una instantánea del Reloj Universal. Y, si el astrólogo es hábil y sabe calcular con corrección los valores -empleando para ello las pacientes mediciones de los antiguos que no les permitieron conocer el Universo pero sí su oculto motor-, podrá determinar, asimismo, cuál es el papel de cada ser humano. El Gran Hacedor hizo su máquina y nos insertó en ella. La máquina empezó a moverse siguiendo su especial algoritmo y nosotros con ella, arrastrados entre sus engranajes. Y el astrólogo, que no es un mago ni un visionario, lo único que hace es mirar la hora en el Enorme Reloj e interpretar en qué lugar del Gran Ciclo del Universo se encuentra cada individuo. Igual que giran los planetas y las estrellas, igual que se mueven las galaxias, así se producen los ciclos del ser humano. De modo y manera que un horóscopo no es una fiel predicción del futuro sino una simple instantánea de la hora que para cada cual marca el Reloj, determinando, en cierta medida, parte del carácter y de las oportunidades del individuo, aunque no su futuro seguro. Condicionando su porvenir, como suele decirse, pero sin determinarlo. E igual que las estaciones se repiten, o los ciclos estelares de nacimiento y muerte se suceden, así se repiten las horas del reloj de la humanidad y así los horóscopos demuestran las coincidencias y afinidades que el Gran Reloj da a los humanos, fabricados, a fin de cuentas, como un engranaje más de la Máquina. Es por eso por lo que los nacidos en igual fecha del reloj comparten facetas de su carácter y son afectados por iguales o semejantes variables.

Yo quiero creer en este Sumo Hacedor que fabricó el Universo sujeto a leyes y a periodicidad. Y que dentro de él quedó el hombre, resultado de esa especie de fabricación en cadena. Pero soy consciente de que la figura del Dios no es necesaria. Si algún materialista o ateo quiere eliminarlo y pensar que el Universo es eterno, o que surgió de la Nada con sus leyes y sus normas, igualmente quedará el hombre sujeto dentro de ellas a los ritmos peculiares que los astrólogos, como simples

relojeros, se han encargado de cuantificar determinando, a partir de ellos, los tipos -horóscopos- y variantes -ascendientes, planetas- que hay entre los seres humanos. Su "ciencia estaba equivocada" puesto que no conocían el Universo ni sus leyes. También estaba equivocada la "geografía" de sus cartas astrales, puesto que no conocían las posiciones verdaderas de los planetas y constelaciones. Pero no lo estaba su interpretación: los antiguos habían mirado bien la hora del reloj al cual el hombre, como todo ente material de este universo, está sometido y ligado.

Que los "científicos" y los aprendices de astrólogo sigan diciendo que es una cuestión de fe, indemostrable en sí misma. Yo sé que se equivocan. Todo lo más, estoy dispuesta a conceder a los primeros que algunas de las mediciones pueden no ser perfectas, y a los segundos y su mística, que tal vez haya tras los ritmos una razón oculta que yo, como simple mujer, no me siento capaz de vislumbrar.

Morgana

EPÍLOGO

Una vez más, y ya van nueve ocasiones, hemos terminado otro número de la revista. ¿Tendrá esta cifra algún tipo de poder cabalístico? Quien crea en la numerología y se sienta lo bastante aburrido como para lanzarse a una estupidez semejante, puede entretenerse en leerse de cabo a rabo cada uno de los ejemplares de nuestra revista para analizar a la lupa todas sus cifras. Si alguno lo desea, también puede ocupar sus días en recorrer de principio a fin todos nuestros textos a la búsqueda de mensajes ocultos. Es típico de muchas escuelas místicas el incluir mensajes fundamentales de su ideario enterrados bajo relatos aparentemente intrascendentes. Sentimos defraudaros, si encontráis en nuestras páginas algún mensaje oculto –no nos referimos a dobles sentidos o ideas implícitas en otras más ampliamente expuestas- se tratará de simple casualidad. No ha sido nuestra intención incluir mensajes subliminales ni nos ha dado la gana de complicar aún más un tema ya de por sí tan farragoso como el de este número.

En todo caso, tienes perfecto derecho a interpretar como tú quieras nuestras palabras y las ideas que pretenden reflejar. Tampoco nos hacemos responsables del efecto de dichas ideas sobre tu mente. Te consideramos lo bastante libre y capaz como para valorar nuestros textos desde una perspectiva crítica por más que, eso sí debemos admitirlo, todas nuestras palabras tienen por único destino tu mente y su objetivo es hacerla funcionar. Ya lo sabemos. Nos repetimos desde el primer número, siempre con la idea fija de haceros pensar. No nos arrepentimos. No podemos ni queremos rehuir esa responsabilidad.

EL PUNTO Y FINAL

Ha pasado mucho tiempo desde el último número y no es simple casualidad. Aquellos muertos, que se despertaron de sus tumbas hace unos años, están comenzando a dar síntomas de enfermedad. Nos faltan vuestras colaboraciones y, sin ellas, esta revista podría convertirse en un monográfico de los redactores recalcitrantes, muertos que despertaron y no quieren volver a su tumba. El retrato de uno de ellos os lo incluimos al final del texto para deleite de nuestros admiradores y admiradoras. Así las cosas, tened por seguro que la revista no desaparecerá. Eso os lo podemos asegurar –¿habrá alguien que se alegre por este anuncio?-, pero corre el riesgo de pasar a llamarse "Revista Juan Palomo: Yo me lo guiso, yo me lo como". No quisiéramos, como Juljunipar, sentirnos predicadores en el desierto, pues vuestra voz es también la que alienta las ideas de esta "vuestra" tanto como "nuestra" revista. Por favor, colaborad. Sin vuestra voz la nuestra tendrá menos fuerza. Confiamos en que alguno de vosotros colabore y dignifique, con la diversidad de nuevas voces, el espíritu heterodoxo de esta publicación.

Para concluir, no nos queda más que agradecer su colaboración a Eva Segura, por su infalible portada, Antonio del Valle, Miguel Ángel Valero y El temible burlón. Nada más.

Enviad vuestras colaboraciones a:

despertarddelosmuertos@yahoo.es

También podéis bajaros las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página en Bubok:

http://eldespertar.bubok.es

Para exclusivo deleite de los fieles seguidores de esta revista y placer de sus numerosos admiradores y admiradoras deseosos/as de satisfacer su curiosidad:

Retrato del excelso redactor de esta revista:

D. Juan Luis Monedero Rodrigo Berlinches Sobrino Serrano de Pablo Sánchez de Miguel

(suponemos que con unos cuantos años más y algunos retoques que le dan un aire más intelectual y sabihondo, así como cierto sex-appeal que nuestras lectoras –que esperamos no se desmayen por la honda impresión que tal beldad pueda causar en sus tiernos espíritus- sabrán apreciar en toda su magnitud)